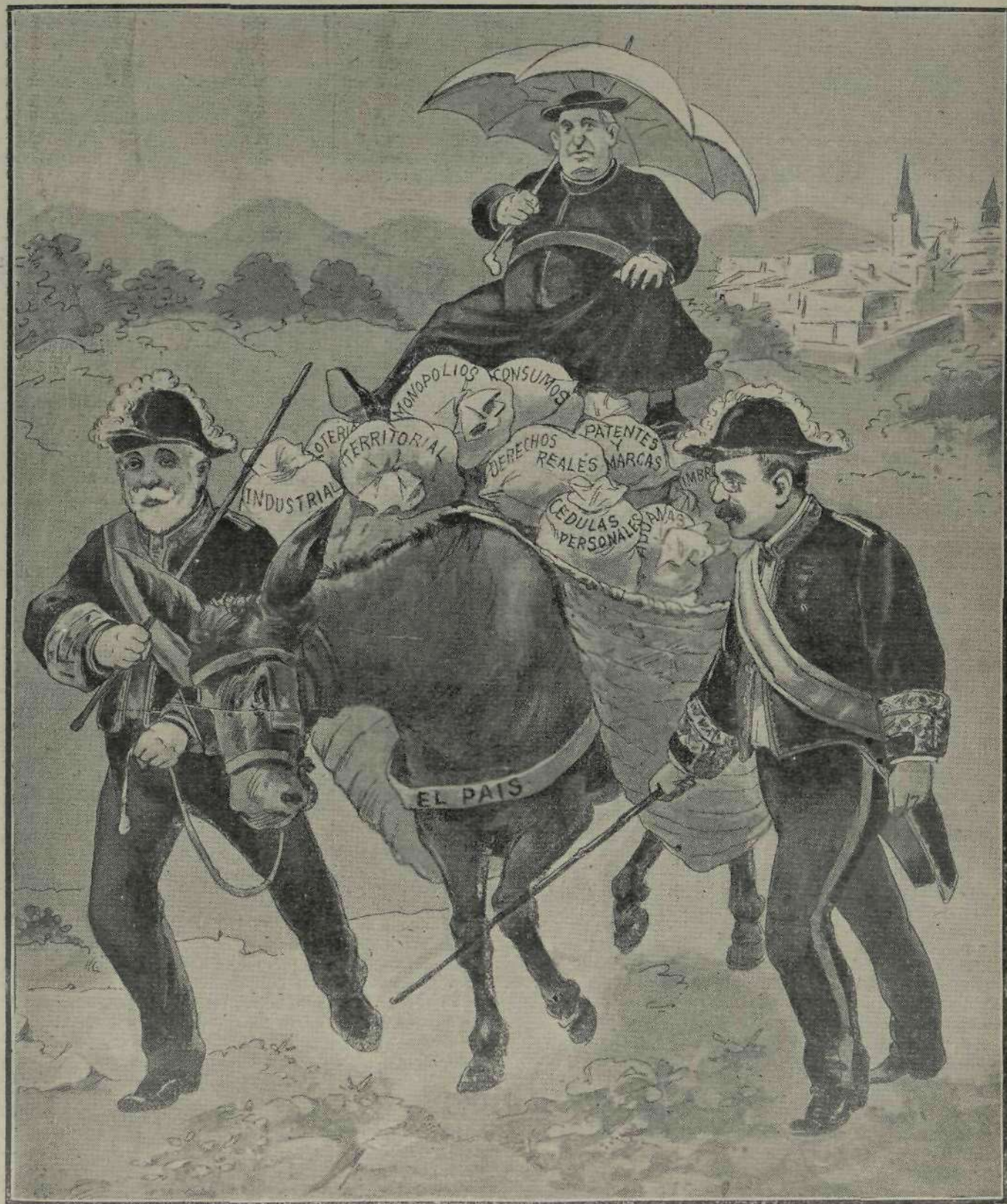


Año XXX

Madrid, Jueves 15 de Septiembre de 1910

Núm. 36



¡VALIENTE BURRO!

Folletos y Hojitas

Repartido ya el folleto 2.º de la segunda serie, «Los milagros», y la 2.ª «Hojita ignaciana», titulada «Los dolores y gozos de San Ignacio», en toda esta semana enviaremos á provincias la 3.ª y última, bajo el título de «La dirección espiritual.»

La revolución pacífica

Las huelgas generales de Zaragoza y de Barcelona, iniciadas exclusivamente por simpatía á los huelguistas de Bilbao, demuestran que el proletariado español ha llegado ya á aprender la primera línea del *abecé* filosófico-social: «Hoy por mí, mañana por ti.»

A propósito de la fuerza política que en otros sentidos pueda ejercer esta solidaridad obrera, *El Raicat* indica el efecto mortal que una huelga general en toda España produciría en toda ocasión en que intentase regresar Maura al poder.

No estoy bien seguro de que este regreso fuese un mal, sobre todo si venía acompañado de media docena de Ciervas y de otra media docena de Canals; pues á juzgar por los excelentes efectos revulsivos que ha producido en la nación el terror maurista de 1909, podemos calcular el que produciría uno nuevo corregido y aumentado, y en el que unas cuantas docenas de políticos fuesen procesados á instancia de Ugarte y unas docenas de catedráticos y pedagogos tuviesen ocasión de proclamar en Montjuich sus convicciones.

Pero volviendo á la idea de antes, si realmente la conjunción republicano-socialista ha establecido firme pacto de solidaridad y ha llegado ó puede llegar al desarrollo necesario, el gran remedio indicado por *El Radical* tiene ó puede tener mayores alcances que el señalado por el colega.

por la conjunción, tendrían fuerza de imperiosos decretos nacionales, á los cuales el Estado habría de rendir acatamiento, pues es obvio y manifiesto que no hay en el Estado fuerza bastante, así pusiera en *pie de guerra* social todos sus empleados activos y pasivos, para contrarrestar esa huelga de quince días siquiera, que comprendiese los empleados de ferrocarriles, de correos y de telégrafos y de tripulaciones, además de los otros oficios.

Esta fuerza sería muchísimo mayor, si, como es lícito ya esperar, á tales actitudes del proletariado español respondiesen los extranjeros con el *boycott* á las cosas de España, sin exceptuar la prensa y la correspondencia.

¿Qué iba á hacer contra estos pronunciamientos *pacíficos* y perfectamen-

te legales el Estado español, sino sucumbir antes del octavo día?

Pues he aquí la gran arma, que no excluye ninguna otra lícita en la lucha del progreso: educar al pueblo trabajador, pagano de todos los estropicios políticos, para este paro voluntario, es decir, para cerrar el grifo de su sudor que alienta la máquina nacional, é ilustrarle y hacerle ver que este cierre procede cada vez que ese sudor de que se nutre el Estado es utilizado por éste en daño del mismo pueblo.

Y pongamos por ejemplo la cuestión clerical. Una huelga general para exigir la expulsión del Nuncio y la supresión de los frailes, artículos de lujo de una nación en ruinas, sería una excelente medida.

El *boycott* de los conventos sería otra medicina sana y saludable.

Y luego vendrían los de afuera con la perturbación que en las naciones é intereses extranjeros traería la cooperación del socialismo internacional, la cual perturbación obligaría á los gobiernos y jefes de Estado á tomar cartas en el asunto, al revés de lo que ahora ocurre.

¿Es esto una utopía ó una realidad futura y próxima? Lo de Barcelona y Zaragoza es de ello un buen agüero.

Que se confirme.

Un aplauso

Lo merecen y se lo doy muy entusiasmado, á los concejales republicanos del Ayuntamiento de Madrid que han acordado el establecimiento de las escuelas oficiales neutras.

Por ahí se va y por ahí se llega á la regeneración de España.

El «estupro constitucional»

Constitución es el lindo nombre de una Virgen que reina en España.

Unos dicen que fué violada por su propio padre antes de nacer; otros dicen que su castidad es tal, que á sus cien años no ha conocido todavía varón por hallarse reclusa y guardada entre rejas en sitio donde no llegan los varones sin amputarse antes la virilidad.

Otros dicen que no son varones, sino sátiros los que tienen acceso á la cámara de la Virgen.

Otros afirman que la mágica doncella es inaccesible á la violación, y la declaran «inviolable» oficialmente.

Otros añaden que el título no hace á la cosa, y que como los títulos académicos de doctor y bachiller se otorgan á borricos solemnes y á probados borregos, así el título de Virgen inviolable otorgado á la Constitución, lejos de ser una túnica inconsutil, es una bata que se levanta fácilmente, se rompe fácil-

mente y se vuelve á pegar fácilmente con la cola oficial de las oficinas.

No falta quien dice que detrás de ese título de Virgen inviolable se oculta una meretriz que se vende á los privilegiados de la fortuna, semejando á las lindas rapazuelas salidas del arroyo popular que se reservan para los príncipes.

Los defensores de su honor, alegan que en cien años de vida no ha dado lugar á un solo proceso por *violación constitucional*, prueba irrefragable de su recatada conducta.

Pero yo he sorprendido una tertulia de sátiros, de varones sin varón, de privilegiados ó lo que sean, entre los cuales se sostenía esta plática:

Un príncipe.—Yo he jo... yo he ja... yo he je... yo he ji... yo he ju... dado, dedo, dido, dodo y dudo la Constitución, con todas las vocales y consonantes.

Un ministro.—Yo... he folgado con ella, pero no solo, sino en compañía de banqueros, mineros, sobrinos, yernos, navieros...

Un obispo.—Yo... no hago otra cosa que levantar ó bajar la bata de la Virgen...

El gobierno.—Yo soy el que cierro el paso ó dejo pasar á los solicitantes, dejándoles que en el interior del castillo se compongan á su gusto, certificando ante el público que no ocurre nada y que la Virgen sigue guardando su perfecto recato.

La prensa.—Yo soy la bata de papel que tapa todos los estropicios.

Un consejero.—Yo soy el sastre cirujano encargado de coser las roturas y de zurcir los estropicios.

«Se suspenden las garantías constitucionales.» Esta frase quiere decir: «La Virgen queda atada de pies y manos, tapada de ojos y cloroformizada. Deja de ser inviolable...»

EL PUEBLO.—¡Y esta es la hija que engendré con amor delirante, que amamanté con sangre, que nutrí con mi sudor, que eduqué con tanto esfuerzo, que defendí con tanto tesón!... No parece ya la hija de la Democracia y del Pueblo, sino la hija del Tirano y de la Inquisición.

R. M.

Gritería nea

Cuando leo lo que los clericales le dicen á Canalejas, me entran deseos de no censurar ni sus debilidades, ni sus componendas, ni sus cobardías con el clericalismo. Porque no he visto saña mayor, ni procacidad tamaña.

He aquí lo que publica en letras gordas *El Correo de Andalucía*, periódico inspirado por la alta chusma de la catedral sevillana, con censura eclesiástica, bendiciones y demás porquerías de rúbrica en la Buena Prensa:

«La prueba más evidente que existe para demostrar que Canalejas no sirve para jefe de gobierno, es que desde que

ocupa el poder, el Ejército está de continuo sobre las armas, como si estuviéramos en tiempos de guerra, debido a la falta de tino y de prudencia del funesto presidente.

Ayer impedía a los católicos el ejercicio de sus derechos en Vasconia; después, su poco tacto agravó la huelga de Bilbao, que hoy se extiende a Zaragoza, Barcelona y casi media España.

En manos de Canalejas el poder, vemos que la industria nacional se arruina, el comercio se aniquila, las artes están paralizadas, los obreros mueren de hambre; total, la bancarrota más desastrosa en todas las manifestaciones de la vida nacional.

Españoles de todos los matices: ¿Consentiréis que desaparezca España en manos de Canalejas?

¡Qué chillones y qué sinvergüenzas son los clericales!

Debieran aplaudir a Canalejas por los respetos que les guarda, y lo tratan de ese modo cochino.

Trátalos él como se merecen, y ya se guardarían bien de insultarlo de esa manera.

Lo malo para ellos, es que maldito el efecto que producen esos ataques; antes al contrario: sirven para impedir que lo ataquemos muy duramente los que nos hemos visto estafados al creer que iba a sentarles las costuras a esa gentualla.

Es lástima que Canalejas no comprenda esto: cuando se le amenaza a un perro, ladra; cuando se le da un latigazo en el lomo, corre ladrando; mas cuando se le parte la cabeza de un garrotazo, deja de ladrar.

¡Garrotazo, pues, en los clericales!

La España salvaje

Para el día 2 de Octubre preparan las Juntas católicas unas manifestaciones que den idea al mundo civilizado de los muchos zulús que hay en España.

Cuentan con la bendición del arzobispo de Toledo y de todos los demás ciudadanos morados que viven de la imbecilidad humana.

Además se ponen bajo el amparo de Cristo, su madre y todos los santos y santas de la Corte celestial.

Les recomiendo que no se olviden de encomendarse también a Santa Alpargata, por si tocan a correr, ni de Santa Arnica, abogada contra garrotazos heréticos.

A Dios rogando, y las costillas guardando.

Defraudaciones á granel

Firmado por su director, D. Manuel Bueno, ha publicado *La Mañana* un notabilísimo artículo ocupándose de la huelga de los mineros de Bilbao. A él pertenecen los siguientes párrafos:

«Sabido es que, con arreglo al art. 3.º de la ley de 28 de Marzo de 1900, se ha-

lla afecta la riqueza minera al impuesto de 3 por 100 de su producto bruto, cuyo importe deberá hacer efectivo todo propietario ó explotador en la forma que determinan los artículos 33 al 35 del Reglamento provisional de igual fecha para la administración de los impuestos sobre la propiedad minera. Pues bien; existen en la Delegación de Hacienda, sin haber sido todavía comprobadas, cuarenta denuncias de defraudación, con todos los comprobantes verosímiles que es posible aportar en estos casos.

He aquí la lista de las empresas denunciadas: Sociedad Franco-Belga, José Martínez de las Rivas, Sociedad Altos Hornos de Vizcaya, Compañía Orcoera, Gran Ore Company Limited, Ricardo Ortiz, Sociedad C. E. de las minas Esperanza y Buena fortuna, Señores Allende y Martínez, Sociedad minera Odonsategui, Claudio Castet, Chávarri hermanos, Eugenio Solano, Ricardo Palacios, Bartolomé Badosa, Antonio López, Compañía minera Morro de Bilbao, Eleuterio Aguirre, Comisión explotadora, Sociedad Triano Ore Company, José Belausteguiotia, Compañía explotadora Safo y Catalina, Sociedad Luchana Mining, C. E. de la Rubia y Ventura, Sociedad Parcocha Irón Ore, Casimiro Zuzunegui y Compañía, Federico Macleod, Norberto Seevoird, Agustín Iza, Hijos de Lezama Leguizamón, Tomás Allende, Luis Ocharán, José Macklenan, Luis Núñez, Manuel Lezama Leguizamón, Casimiro Zuzunegui, Agustín Iza y Compañía, Viguera y Maestre, Viuda é hijos de P., P. Gandarias, Sres. Sota y Aznar, Sres. Santisteban é Iza.

Todas las denuncias formuladas interesan por algunos millones á la Hacienda nacional, y es muy probable que alcanzasen su planitud de comprobación en los asientos de las diversas oficinas del Estado y de los particulares y entidades donde han pasado ó tenido que ser anotados los minerales de referencia; esto es, en las Aduanas respecto de los derechos de carga y descarga satisfechos y expendición de las correspondientes guías por lo que se refiere á la cantidad y clase; en los asientos de las Compañías ferroviarias, por el pago del transporte; en las oficinas de la Jefatura de minas, por lo relativo á la ley de los minerales; en los libros de contabilidad de los mismos explotadores, por razón de los asientos de la cantidad de mineral extraído de cada mina, su ley, sumas satisfechas por transporte y los extractos de los contratos de arranque y venta, en los que necesariamente habrá de constar su valor bruto ó el precio neto, deducidos los gastos de transporte, que es el verdadero á boca de mina; y en las oficinas de la Junta de obras del puerto de Bilbao, por el tributo especial que se satisface por cada tonelada de mineral, y en las demás que por algún motivo de consumo ó exportación han intervenido en todas las provincias en lo que respecta al impuesto defraudado.

He procurado ceñirme al texto general de las denuncias que constan en la Delegación de Hacienda de Vizcaya. Dos años hace que fueron presentadas. ¿Por qué no se sustancian? A partir de aquella fecha han pasado por aquí cinco delegados, ninguno de los cuales, por lo visto, tuvo arrestos para llevar

a delante la fiscalización. Ahora parece que con el enérgico estímulo del Gobierno se hará la luz, y no sería extraño que en las próximas Cortes coincidiesen la discusión de la ley regulando el trabajo minero y una interpelación seria y documentada de las defraudaciones. Así podrá el Gobierno librarse de la coacción patronal.»

Todos esos señores que se citan son católicos; y por serlo, se creen honrados. Y sin embargo, ó precisamente por eso...

Apriete el gobierno ahí; depure esas denuncias; aplique sin contemplaciones la ley á los que resulten culpables, y al dejar el poder tendrá derecho á envanecerse de haber hecho lo que nadie ha visto desde la restauración: mutar, p o cesar ó llevar á presidio á personas de influencia ó dinero, las únicas que han podido cometer impunemente en España toda clase de desafueros.

La justicia dicen que es igual para todos; creámoslo como creemos en los milagros, los misterios y todo aquello que no vemos: por ministerio de la fe. Pero que la ley se aplique á todos por igual, eso, ni aun interviniendo la fe, pasamos á creerlo.

El gobierno que nos hiciese verlo prácticamente, merecería por este solo hecho eternizarse en el poder.

Diálogo

Un viejo judío, pasado á mejor vida, comparece tembloroso ante el Padre Eterno:

—¿Qué te pasa, mi viejo Jacob? ¿Tienes miedo de presentarte ante mí?—pregunta el Juez soberano.

—¡Ay de mí, Señor!

—¿Qué hay?

—Mi hijo...

—Vamos, desembucha.

—Mi hijo, Señor, se ha hecho cristiano.

—¿Y por eso te desesperas? ¿No hizo el mío otro tanto?

—Es cierto, ¡per Baco! No me acordaba. Pero entonces, Señor, ¿qué hicisteis?

—¿Que qué hice? Una cosa muy sencilla: hice un *Nuevo testamento*.

L' ASINO

El miedo eclesiástico

Unos no se recatan de manifestarlo, otros lo disimulan; pero son muy pocos los privilegiados que están exentos de él. El «miedo eclesiástico» se masca en todo el ambiente social español, desde las alturas donde se fragua el rayo político, hasta el chiribitil donde golpea la suela un zapatero remendón.

Cuanto más se conoce á la Iglesia menos se la teme. Por eso tiene ella tan gran empeño en no ser estudiada.

¡El dogma! ¡El papa! ¡Los obispos! ¡Curas, monjas y frailes! ¡Oh, cuán inmenso es su poderío! ¿Quién es el osado que se atreve á cruzarse en su camino?...

Así se habla, y así se piensa y siente. El mismo Canal-ja ha dicho que la Iglesia es inviolable, eterna, y que el atacar á su vida es insensata locura.

Estas cosas las oímos todos que por desgracia ó fortuna la conocemos bien, y no podemos concebir en qué se funda el pavor que inspira este coloso de cartón relleno de serrín.

La misma Iglesia, que conoce bien su inanidad, es la primera sorprendida del influjo amedrentador que ejerce; pero deja correr la leyenda por la cuenta que le tiene, y esto lo viene haciendo desde Constantino al que debe más que á Jesucristo. Hasta la Reforma, esta quimera monstruosa pudo espantar á los hombres y á los pueblos; pero cuando un fraile, Lutero, le dió la primera dentellada, y se vió lo que llevaba dentro, el temor reverencial que inspiraba se trocó en carcajadas de desprecio, y su manto de dominio universal se vió mancillado con el lodo que le arrojaban la bafa y el escarnio de los escépticos. El dominio universal con que soñó Gregorio VII, y que tuvo sus vislumbres de realidad, duro lo que duraron las guerras de religión, y lo que tardó el Estado en recuperar su libertad é independencia de esta odiosa tutela ejercida en nombre del cielo. Fray Pablo Sarpi supo humillar á Paulo Venecia, y el cardenal Richelieu tuvo á raya é hizo fracasar todos los planes de Urbano VIII, y la estrella pontificia se fué debilitando hasta llegar al eclipse de Pío IX, y á las fugaces llamaradas de León XIII y Pío X.

Hoy ningún estadista europeo ni monarquía liberal teme á la Iglesia en nada, y mucho menos los pueblos y naciones. Han sacudido su yugo Inglaterra, Alemania, Holanda, Italia, Francia, Estados Unidos, América del Sur, Austria con sus leyes de libertad de conciencia, y nada ha sucedido. Es decir, ha sucedido mucho, y ha sido la prosperidad, la paz y el progreso que ha establecido su trono en estas naciones á medida que se emancipaban de la tiranía papal y eclesiástica. Sólo España continúa siendo el tímido cordero que tiembla ante la taura, porque la monarquía la juzga su más firme punta, y porque nuestros políticos la consideran un freno y contrapeso ante las embestidas de otros partidos.

«¡Toda España es católica!», gritan los neos, y pasean el espanta pájaros del carlismo por todas partes, y los gobernantes se encogen de hombros, y repiten la frase de aquel canalla Thiers: «La carne de cura es siempre indigesta.» Y hacen como que no ven los manejos clericales ni oyen sus invectivas y denuestos.

En España no hay más católicos que los que viven á expensas y á la sombra de la Iglesia. El Nuncio con sus 30.000 pesetas, palacio libre y coche gratis; los obispos con sus nóminas de 27.000 pesetas, sus derechos eclesiásticos que llegan á 30.000 duros anuales, sus millones de pesetas del fondo de reserva, y sus palacios y quintas de recreo; los canónigos, párrocos y prebendados de todo género, con sus rentas saneadas y su vida muerta y ociosa; las monjas y frailes con sus monasterios suntuosos y su corte de asilados y pordioseros, de cuyas lágrimas se saca oro, y cuyas carnes sirven para pasta de tormento y erotis no sádicos; los plutócratas que

esquilman al obrero y convierten en billete y acciones su sudor, que juzgan tener á salvo sus riquezas si las cubre la bendición episcopal; las señoras de la Beneficencia oficial y de la caridad privada, cuyo tren y lujo se sostiene con los vales de San Vicente de Paúl; los luises, que toman de los Padres halagos y mercedes, y de vez en cuando una rica heredera zafia que sirva de tapadera á ciertos extravíos; las beatas que sueñan con el confesor, y las fornidas hembras que viven bajo el techo parroquial; el mercader, cuyo mostrador se sostiene por la Buena Prensa y las cruzadas de las damas místicas; la legión de parásitos que vegetan á la sombra del templo y para las cuales la palabra «catolicismo» significa el panecillo y el cocido; en suma, todos aquellos que de cerca ó de lejos tienen la llave de su despensa colgada de la prosperidad de la Iglesia, y cuya fe acendrada nace del estómago.

Ese es el catolicismo neto y castizo español; las falanges de los que no producen y viven á costa del que labora y paga. ¿Y á esos tememos? Ellos sí que nos temen á nosotros, aunque lo disimulen, pues saben muy bien que sus gollerías y regalos dependen de que circule por todas partes el miedo «eclesiástico», que no tiene base ni fundamento alguno, pues la Iglesia sólo chilla con los débiles, y acaricia servilmente á los fuertes.

Rámonos de amenazas, mitines y alharacas de los neos, y de sus tremebundos ¡sí! bajo, como el enano de la venta. Vive la Iglesia á costa de nuestra pusilanimidad.

Y si no que pruebe lo contrario.

FRAY GERUNDIO

Malos tratamientos

Al acudir varias familias de Teruel á visitar sus hijos en el colegio de San Nicolás, se le quearon ellos del mal trato de palabra y obra que los frailes les daban, relatando los tormentos á que los sometían y negándose á continuar allí.

Muchas madres sacaron á los suyos, y en manifestación recorrieron las calles dando vivas y muertas, llegando hasta el Gobierno civil y protestando ante el gobernador.

Sólo con esto, que todas las madres amaran á sus hijos como esas de Teruel, se marcharían los frailes de España.

¡Pero hay tantas que quieren á los frailes más que á sus hijos!...

Pasatiempo literario

—Es posible—me dije al ver en *El Pais* el bosquejo teatral de Estévez.— ¡Es posible que D. Nicolás no me haya leído esas cuartinas! En este caso me debe una satisfacción.

Y en efecto: Estévez me ha dado la gran satisfacción que le he pedido: la de leerme *in extenso* su obra escénica.

Solamente que si han de salir bien estas cosas, es necesario concederlas el

tiempo que su elaboración requiere. Yo me he tomado algunos días; tanto peor para la actualidad si llego un poco tarde.

—En primer lugar (me dice Estévez contestando á una objeción mía), no es extravagante la idea de sacar á las tablas un kiosko de esa especie. Acuérdesse usted de Narciso Serra y de aquella obra dramática suya en cuya primera escena, al alzarse el telón, cruzaba el escenario un atíud, en hombros de sepultureros y seguido de comitiva enlutada. Era una escena muda. Un momento después volvían á la escena los acompañantes diciendo uno aquello de

«Derramemos una lágrima á la memoria de aquel que fué nuestro amigo, y luego vayámonos á comer.»

Muy bien. ¿Y qué representa el entierro en una existencia humana? Nada más que una escena, la última, la única en que no cabe repetición. En tanto que lo del kiosko es una cosa que se repite infinitas veces, cotidianamente y aun más, según los casos. El teatro debe ser un fiel reflejo de la vida: creo que en este principio están de acuerdo todos los autores... no dramáticos; por una vez un autor dramático puede estar de acuerdo con los otros.

Previo esta declaración fundamental, Estévez me lee su manuscrito y yo anoto al paso lo siguiente:

El senador, al salir del kiosko se queda un momento perplejo y dice á la merdeuse (en francés se da este nombre; no se como se llama en castellano la mujer afecta á este servicio):

—Me fastidia que me vean los transeúntes.

—¿Lo dice usted por aquel que está enfrente mirando?—contesta la mujer.

—No haga usted caso. Ese no viene más que á oler.

—¿Será de la policía?

—Eso es.

El periodista, ya mencionado en el bosquejo, pide una *interview* á la merdeuse, y ésta le contesta que no; que á ella no la *interviewe* nadie.

Entonces el periodista explica la causa de su petición: dice que habiéndose de sustituir el impuesto de Consumos por algún otro impuesto, él desearía enterarse del rendimiento del kiosko.

En efecto, se trata de un país donde se come poco y se bebe mal, por consiguiente, el impuesto sobre el consumo no puede dar mucho de sí. ¿No sería más productivo imponer lo otro? Tal es la cuestión.

Un individuo que está esperando turno, exclama:

—¡Lástima que el local sea tan pequeño!

Y la merdeuse replica:

—¿Pequeño? Pues mire usted, ya lo han solicitado para un *metín* católico.

Y otro personaje, en otra escena, dice:

—Sin duda, vendrán aquí muchos tipos chistosos.

A lo que la mujer contesta:

—Sí, señor; los que no chistan, son ingleses.

Una vieja, en compañía de una mocita de quince años, se acerca (se acercan ambas) al kiosko. La mocita entra y la vieja se queda hablando con la *merdeuse*; la conoce, á título de parroquiiana, por tanto ir al kiosko.

—Mi niña—dice explicativamente la vieja—me trae á mal traer; pero yo me he empeñado en que rompa las relaciones con su novio y no la dejo ni á sol ni á sombra hace dos meses. Ya he conseguido que no se vean ni hablen.

Y en efecto, la mocita se asoma por la vidriera, en lo alto del kiosko y desde allí telegrafía con las manos al novio, que está en la calle y responde valiéndose de la misma telegrafía sin hilos. Pasa una chula, y advirtiendo aquel tejemaneje, exclama, dirigiéndose al joven:

—¡Adiós, Marconí!

A este punto D. Nicolás advierte que estoy tomando notas.

—Por supuesto—dice D. Nicolás—que no irá usted á publicar estas confidencias. Le prevengo que si dice usted algo... le pongo á usted en una escena, y hasta me parece que voy á poner también á Nakens, entrando ó saliendo.

—Lo único (añade D. Nicolás) que está usted autorizado á publicar, si quiere, con respecto de mi *kiosko*, es que renuncio á los derechos de autor, y que si llega á representarse se los regalaré al primero que me los pida.

No se los pido yo, por no abusar de mi situación privilegiada.

I. L. LAPUYA

París, Septiembre 7.

Los vagabundos

Un jovenzuelo triste, famélico, tullido casi, se arrastra por el piso mugriento de los vagones, presentando á los viajeros un librito, que es como si implorara en silencio una limosna.

Su mirada, humilde, expresa el sufrimiento; su actitud es recogida, tímida, medrosa. Nadie le hace caso alguno; quizás causan asco sus harapos. Ningún sentimiento generoso hace estremecer á tantos corazones, muchos alegres, sati fechos de latir plétóricos de vida, repletos de ensueños, acariciados por sugestivas y dulces esperanzas.

¡Cruels egoísmos que toleran friamente, inhumanamente, estas exhibiciones dolorosas de los miserables, de los vagabundos á quienes la ruina orgánica obliga á ir arrastrando su osamenta por entre incontables suciedades, bariendo los esputos de tantas bocas infectas, sin encontrar el mendrugo que acallará los reclamos imperiosos de su hambre, sin que una mano compasiva le ofrezca un socorro, un alivio, una atenuación de la agonía que le lleva á empujones, con brutalidad de esbirro, hacia la fosa ancha, revuelta, lúgubre, donde se extravían los desgraciados que,

cual este infeliz mozaibete, no tiene pan, ni hogar, ni sitio ap-nas en una sociedad que reza todas las mañanas, entonando contrita su *mea culpa*, por todos los pecados cometidos á favor de las sombras de la noche, burlando la mirada de ese Dios vengativo que permite tantas injusticias y blasfemias tan atroces.

ULCUS RODENS

¡A la cárcel!

Cuando contemplo á un flaco campesino llegar con ademán suplicatorio ante un cura cebado en refectorio, gordo como una peaca de tocno;

y me entero que el pobre diablo vino un ánima á sacar del purgatorio, y un peso al cura da, que el ex-latorio fallo anular pretende al Juez Divino,

tengo que ahogar mi indignación bravía reprimir de mi cólera el acceso, para no reclamar la policía,

y decirle: «¡Lleval á ese hombre preso: de modo burdo y en presencia mia, ha escamoteado á ese infeliz un peso!»

VICENTE PALÉS

RATIFICANDO

No envidio al Sr. Canalejas, como jefe del partido liberal ni como presidente del Consejo de ministros, sin dejar de reconocer que son envidiables su talento y sus excelentes aptitudes de hombre de Estado.

La posición política de Canalejas es el más raro de los fenómenos que se registran en las relaciones de los gobiernos con la opinión pública.

Las derechas atacan al Gobierno por sus propósitos anticlericales y las izquierdas por su pasividad, sospechosa de clericalismo.

A pesar de todo Canalejas se sostiene como los cuerpos en el espacio, por una ley especial de gravitación política cuyo descubrimiento aún no ha tenido su Newton.

Las izquierdas sostienen sus esperanzas en la realización de las promesas del jefe del gabinete, alentadas por la ruda oposición de los reaccionarios que, cuando á todo trance quieren derribar al Gobierno, es porque temen ver convertidas en hechos las palabras del programa liberal, y aquellos temores son para nosotros casi una garantía.

Con motivo de la última Nota del Vaticano, cuyo texto se oculta cuidadosamente, Canalejas ha ratificado sus firmes propósitos de que se vote en las Cortes una nueva ley de Asociaciones, á la que han de quedar sometidas todas las Congregaciones é Institutos religiosos, excepto los dos concordatos: los Paules y los Filipenses, únicos que quedarán fuera del derecho común.

Esto significa la extinción del monaquismo intruso, respetando el derecho de la personas. Lo único que me queda por averiguar es, si los jesuitas, los frailes y las monjas son personas.

A mí, que soy tan racional, no me convencen estas flores cordiales que nos quiere suministrar D. José, para que

sudemos el constipado clerical, y es seguro que vamos á quedar todos descontentos, los clericales y los anticlericales, y no sería entonces muy raro que algún cometa de órbita la más excéntrica y de velocidad la más vertiginosa, chocara con el ministerio y se hundiera el firmamento político donde gira el partido liberal.

El jefe del Gobierno, con todo su talento político y su competencia de estadista, está contaminado del achaque general, en nuestros hombres de Estado, de absoluto desconocimiento de la Iglesia, de sus hombres y de sus prácticas.

—Santísimo Padre: humildemente arrodillado á vuestras plantas, con la sumisión de hijo el más respetuoso, suplico á Vuestra Beatitud se digne concederme la gracia de retirar la espada de San Bernardo, mi glorioso ascendiente, del templo donde se guarda, como sagrada reliquia, para custodiarla en el oratorio de familia erigido con sólo este fin.

—«Non póssumus.»

—Santísimo Padre: tenga vuestra Santidad compasión de esta familia atribulada que pide lo que es suyo; la espada de su ascendiente San Bernardo que abriga las glorias de las Cruzadas.

—«Non póssumus.»

—Bueno; pues porque es mía, y porque me da la gana, me apodero de la espada de mi ascendiente San Bernardo. Y sanseacabó no tiene vigilia.

—Su Santidad se ha dignado conceder misericordiosamente en el Señor, accediendo á repetidas súplicas, la espada que llevó al cinto en las cruzadas San Bernardo, para estímulo de su devoción y piedad...

Esa es la Iglesia, señor presidente del Consejo de ministros; cuando se le pide, contesta siempre lo mismo: «Non póssumus»; cuando se toma lo que se quiere, en seguida se allana y se suaviza.

Mientras se ande con consultas, y con notas y con dimes y diretes, recibirá usted siempre la misma contestación: «Non póssumus.»

—Que propone disminuir las diócesis.

—«Non póssumus.»

—Que entable negociaciones para que no se establezcan más comunidades religiosas.

—«Non póssumus.»

—Que quiere aclarar un poco el monaquismo.

—«Non póssumus.»

—Que propone respetar el Concordato y someter las Ordenes intrusas al derecho común.

—«Non póssumus.»

—Que anuncia sus planes de secularizar la enseñanza pública.

—«Non póssumus.»

—Que indica la conveniencia de establecer el matrimonio civil y la libertad de cultos.

—«Non póssumus.»

—Que extraña á los jesuitas y pone en la frontera á todos los frailes y monjas extranjeros y disuelve todas las comunidades intrusas, y reduce las diócesis, y decreta la libertad de cultos y el matrimonio civil y la enseñanza laica.

La santa madre Iglesia, teniendo en cuenta la malignidad de los tiempos y el apremio de las circunstancias, para evitar mayores males, reconoce misericordiosamente en el Señor las forzosas

realizadas reformas, y se conduce con su hija «redilicta la nación española del durísimo trance en que, causas externas y ajenas á la voluntad de su espíritu católico y devoción constante á esta santa sede, la obliguen á aceptar reformas políticas que, si en el orden exterior parecen contrarias á las sabias doctrinas emanadas de esta sagrada cátedra, confiamos que en las conciencias de nuestros amados hijos, los reyes católicos y sus nobles súbditos, no acenten menoscabo de su fe, de su devoción y de su piedad».

Y á correo seguido hace el Papa á Canalejas título pontificio, Arca le Romano, caballero de la Cruz Gregorio el Magno, y le envía á la reina la Rosa de Oro.

En cuanto ha visto el Papa el más pequeño sintoma de entereza en el Gobierno, ha comenzado á desautorizar á los obispos y á los necios que se han permitido atacar con rudeza y desconfianza feradamente, por escrito y de palabra á las instituciones y á los poderes públicos, haciendo el Vaticano protestas de repudiación de todo intento de guerra civil y de aliento á las pretensiones del carlismo á la conquista del trono que ocupa D. Alfonso.

Si el Gobierno aprieta un poco, la Iglesia acabará de amansarse y hasta bendecirá la obra política de Canalejas; pero si se anda por las ramas con la esperanza de un acuerdo, le darán constantemente en la cara con el histórico: «Non possumus», y no acabaremos nunca de negociaciones.

Entretanto cundirá por todas partes la agitación, en una ó en otra forma, hasta dar en tierra con el gobierno liberal, cosa que ve, desde luego, el más míope, y Canalejas no es ciego de vista. La opinión toda, lo mismo clerical que anticlerical, está conforma en que la lucha entre la reacción y la libertad, entre la soberanía nacional y la supremacía del Vaticano, entre el Estado y la Iglesia está entablada.

Roma tiene, con razón, su derrota, porque sería la última, y nosotros no debemos dudar ni un instante del triunfo próximo, que implica la decisiva victoria de la libertad, de la civilización y del progreso.

CANTACLAIRO

Diferencia insignificante

El mundo, según la Iglesia católica, tiene poco más de 6.000 años.

Los cálculos hechos por eminentes geólogos y antropólogos que han estudiado cráneos y esqueletos de individuos prehistóricos, le han atribuido, según las capas de la corteza terrestre en que fueron hallados, 20.000, 200, hasta 300 mil años. Y es cosa sabida, salvo por los maestros católicos que el hombre tardó muchísimos siglos en aparecer sobre la tierra con sus caracteres actuales.

Ahora un atrevido y herético sabio, M. Strutt, ha dado en calcular la edad de la tierra partiendo de la relación que existe en los diversos minerales entre el peso del helio encerrado en ellos y el peso de la substancia radiactiva que debió dar origen á ese helio.

Y sobre esa base matemática llega á en-

contrar estas edades para los siguientes minerales:

Circona terciaria del Vesubio, 110.000 años.

Otra del Eifel, 900.000 años.

Otra de España (Azuero), 6.360.000 años.

Roca permian-triásica del Ural, 200 millones de años.

Roca triásica jurásica, Kimberley, 310.000.000 de años.

Roca arqueana de Ceylan, entre 80 millones y 330.000.000 de años.

Como se ve, hay una ligera diferencia entre la edad de nuestro globo según la sabiduría católica y la observación de la ciencia herética.

Jesús no ha muerto para volver al hombre mejor ni más noble en esta vida.

No ha muerto para arrebatarnos la existencia, sus miserias, sus sufrimientos, sus durezas.

No ha muerto para dar á los hombres mejores habitaciones, mejores escuelas, mejor gobierno.

No ha muerto por la verdad, por la libertad, por el derecho.

No ha muerto para salvar al hombre de la pobreza, de la enfermedad, de un fin prematuro.

Ha muerto para salvar á la humanidad de un infierno situado en otro mundo.

¡Oh, el regionalismo!

«Nadie es profeta en su tierra», es decir, en las naciones de estrechos límites, en su provincia ó región, en su ciudad ó en su pueblo.

Ya en la Occidental antigua, la vieron: desterrado, Aristides el Justo, condenado á beber la cicuta, el sublime mártir Sócrates, y a pesar de ello no menos sublime Platón por sus concudados.

Si fué menester la plenitud centralista romana para que los hombres de mérito de todas las provincias del Imperio pudieran elevarse hasta el trono de los Césares, como fué preciso la plenitud del francés para que París fuera el cerebro de Europa.

En nuestros días, á Barnas, que era el Rosalía Castro de Euzkadi, nada debieron producirle sus versos, cuando para poder vivir estrechamente tenía que destripar ternones con su arma. En ellos contempló así la brutal ingratitude de los católicos regionalistas de Irlanda por no los protestantes de esta parte del Reino Unido no lo era para con su gran protector París II, y el implacable odio de la mayor parte de los británicos, en vida y en muerte, á su insignificante no Rosalía.

Por lo que á nosotros corresponde diremos que la fama de nuestros más ilustres escritores, de nuestros más inspirados artistas y poetas de nuestros más elocuentes oradores y de la inmensa mayoría de los letrados intelectuales de nuestra nación, del pasado siglo, debió al fin de una cultura centralista propia de una expansión.

Si no fuera, si desde los Reyes Católicos acá todo el espíritu peninsular se concentrara en un solo punto y se manifestara en un solo idioma á la vez de la

ornel é intensamente embrutecedora Inquisición, sería teoría á la hora presente uno de los pueblos más progresivos del mundo.

En el archivo de Simancas existen documentos que indican haber posado por la unificadora mente de Felipe II la muy venturosa idea de llevar la capital de nuestra Península á Lisboa.

Con lágrimas de sangre debieron llorar los portugueses el haberse separado de nosotros, para caer en el británico abismo, del que no saldrán ni con República ni sin ella. Y aun que parece increíble, salvando muy contadas excepciones, nos detestaban entonces, olvidando con una ingratitud inefable que, al dinero de Mendizábal, por vergüenza no pagarlo aún á sus herederos, al valor de nuestros soldados y á la pericia militar de Rodil, debían el gozar la libertad que disfrutaban, por lo que encaja en ellos, como de molde, aquello de: «Dios elega á los que quiere perders». Si sólo con nosotros podrán subir del abismo en que están, á la cumbre en que estuvieron con Manuel el Bueno; nunca avanzarán al porfido cadáver del portuguesismo medieval, cuyos súbditos rencorosos al principio, de todo punto infestados, le hicieron aceptar la más ruinosa de las económicas servidumbres y la más abyecta de las políticas, del más implacable enemigo del ibérico linaje.

No se olvide que el tan perverso carlismo encontró para sus vandálicas guerras toda suerte de recursos en los principales núcleos de la fuerza manifestación del regionalismo, y que los encontrará el jainismo si nuestros gobernantes siguen haciendo oreja sorda á los tan previosos consejos de Xiknis.

Varillas

J. DE LA HERMOZA

CIVILIZACIÓN Y SALVAJISMO

El obispo francés Wulez, que inició en una carta pastoral a las escuelas laicas del Estado y al cuerpo docente, ha sido condenado á pagar 500 francos de daños y perjuicios á las sociedades de maestros que presentaron queja contra él.

Sangrientas injusticias sólo se cometen en los pueblos civilizados.

Aquí habrían sido á presidio los maestros que se hubieran quejado contra un obispo.

Esto prueba que el salvajismo viene también su lado bueno.

Para los obispos.

La mentira del sentimiento

Para el alma de la gente de verdad.

El catolicismo nos ha enseñado de la vida y a compadecer profundamente nada menos que a todo un Dios y a una diosa, Virgen, á la vez, que en otro. Ante esas dos entidades se nos ha hecho creer, y lo que es peor, sentir, que el hombre es un gusano, un ser des-

preciable; no un fin, si no un medio para la gloria divina; en suma, nada. Y que todos los dolores, todos los sufrimientos que padece en la tierra, son pocos y dulces comparados con lo que ha merecido y puede sufrir, y seguramente los sufrirá casi el total de los mortales en el infierno, en castigo de haber probado el fruto de un árbol Adán y Eva y de haber ofendido luego su descendencia á ese Dios que no pudo ó no quiso evitar á to pecado.

La religión nos ha hecho crueles, desequilibrándonos el sentimiento á fuerza de hacernos gastar todo nuestro tesoro disponible de piedad en esos seres divinos; de modo que, insensiblemente, nos ha acostumbrado á no sentir compasión sino hacia arriba, hacia lo que es grande, fuerte, poderoso y tiene algo de divinidad. ¿De quién va á compadecerse el que á sí mismo se tiene por ciego asqueroso y se martiriza en el cuerpo, en el alma y en el corazón para desagaviar á ese Dios, de quien al mismo tiempo tiene lástima porque murió y estuvo unas cuantas horas en el sepulcro?

«Me compadezco, Señora, de vos», dicen las mujeres al rezar la Corona dolorosa; y en efecto, de aquella señora que padeció dos días sabiendo que todo iba á concluir en apoteosis; de aquella Virgen, hoy reina de las mansiones celestes, se compadece la mujer que ha sufrido los dolores del parto, las miserias de la vida, la pérdida del hijo, no por tres días, sino para siempre, y las horribles angustias de nuestra existencia.

Se compadece, y á la voz del predicador, que le refiere entre hipérboles espeluznantes los dolores del Hijo, de la Madre y de San José bendito, llora, gime y gasta su piedad toda, sin que le quede un átomo; y así, aunque luego vea á su prójimo con las tripas fuera, ya no tiene compasión que dedicarle.

Esa mujer y ese hombre, derretidos en lágrimas por dolores breves, padecidos hace mil novecientos años en la seguridad de un premio inmenso, van á los toros, y no quedan contentos si no hay peripecias sangrientas; asisten á las ejecuciones públicas, y llenarían la Plaza Mayor, disputándose á peso de oro un puesto, para ver el primer auto de fe que celebrara la Inquisición, si ésta volviese, como la llenaron las damas de Felipe III, como llenan las localidades en los espectáculos del bárbaro *boxeo* las cristianísimas ladies y misses inglesas, y las francesas presencian los desafíos, diversión la más grata para ellas.

Esa mujer, más que ese hombre, tan cristiano ambos, leen con avidez los relatos del crimen y determinan en la prensa esa funestísima costumbre de endiosar ladrones y asesinos. Esa mujer, dama de la Junta Benéfica, retira sus socorros, y hasta la cama que regaló al pobre enfermo, si al visitarle ve en la casa un número de un periódico liberal, ó si le dicen que el desgraciado no mira bien á los curas.

Esa mujer es la que molesta á los go-

bernantes, pidiéndoles la vida del escritor adversario de la Iglesia y todo género de crueldades contra los no católicos; esa es la que cierra las puertas de las prisiones para que el indulto no se la abra al periodista, la que arma el brazo del trabucaire en las guerras religiosas y del matón reaccionario en las elecciones.

Si es hermana de la Caridad, ella, en su nombre, maltrata y esquilmá al pobre, le priva del alimento, lucha contra el médico, si éste defiende al enfermo, y mata de hambre y de abandono al que no quiere confesarse y comulgar, sin perjuicio de quedarse, cuando lo ve muerto, con lo que encuentra en la cama para mantener al fraile paúl, parásito asqueroso que la dirige y la explota.

Es triste confesarlo, pero es por desgracia una verdad, que no hay nada tan perturbador, tan deprimente y tan inmoral como las virtudes católico-romanas.

JOSÉ FERRÁNDEZ

Milagro patente

El periódico siciliano *Unione*, de Catania, relata el caso de una campesina cuyo marido deseaba á todo trance ser padre, sin que el cielo se apiadara de su súplica.

Se le ocurrió solicitar la intervención... moral, de un párroco, y, ¡oh prodigio! á los nueve meses un sicilianito regocijaba con sus berridos la casa de los campesinos.

Y la prueba de que fué milagroso el hecho, lo prueba el que, trasladado á otro pueblo el cura, no conoció más el labrador las delicias de la paternidad.

Hay quien diga: «No las conoció, por que no quiso. Con haber solicitado la intervención del cura nuevo, se hubiera repetido el milagro.»

Pero estas no son más que hablillas sin fundamento. No todos los curas se reproducen milagrosamente.

Nuestras cobardías ante la Iglesia tirana

En pocos días buena cantidad de atentados conventuales: el último, el de esos capuchinos terciarios de Teruel.

Han desfilado oblatas, adoratrices, trinitarias de Méndez, Marianitas, escolapios, franciscanos... todos reos de los mismos delitos: coacción, malos tratos; cruel uso del tormento sobre desgraciados seres débiles é indefensos; mujeres, mocitas, niños sin amparo, hijos de familias idiotas, faltas de amor, verdadero amor á sus pequeños.

Y así estamos siempre, siempre, desde hace una infinidad de años. Así, porque los españoles somos unos borregos, unos sinvergüenzas, unos abúlicos degenerados y apáticos como los filipinos, ó más aún que ellos. Muy valientes para reñir por cualquiera cosa con un

particular; tímidos como ovejas ante las tiranías insoportables de la Iglesia y de todo lo que tiene carácter, aunque sea falso, de institución.

Ante eso, ¡boca abajo todo español! El mismo sujeto que andaría á puñaladas con el vecino que dijera á su hijo una palabra malsonante, se olvida de que existen garrotes, puños y fuerzas cuando á ese mismo hijo lo martiriza horriblemente un escolapo ó un capuchino, y se calla ó va con el soplo al alcance como una mujerzuela.

Ninguna familia se ha mostrado aún parte contra la comunidad que secuestró, atormentó ó mató á su hija; contra el fraile que abusó deshonestamente de su inexperto hijo, ó insultó desde el púlpito á toda la parentela. ¡Chitón! ¡Aguantemos!, que la Iglesia lo puede todo.

Y no es eso. La Iglesia puede lo que puede, no siempre; en último resultado, el mismo efecto hace un estacazo sobre el obispo que sobre el campesino, y que se lo quiten de encima después de recibido. Con un pueblo viril la Iglesia se tentaría mucho la ropa. No, no es eso; es lo otro, la timidez, el tradicional apocamiento de toda una raza ante lo que cree cosa extraordinaria, superior y divina; también una errónea conciencia de la propia abyección.

**

Así nos vemos los españoles por culpa de los llamados elementos liberales todos, desde el sagastino al republicano.

Empezando porque la revolución camama del 68 no supo ni quiso aplastar, aunque le hubiera sido fácil, al gran enemigo de la libertad y de la nación, ¿quién duda que por debilidad de todo lo que se llamaba liberal, pudo la Restauración llamar al jesuita y después al fraile?

A la monarquía le convino el monaquismo á título de castrador de energías nacionales que no la dejaban dormir tranquila; y bien que la ha castrado en sólo un cuarto de siglo! Pero los liberales, ¿qué inteligencia tenían para ignorar que la vuelta del fraile era la muerte del liberalismo y la ruina de la patria y de la raza? Y si no lo ignoraban, como es lo seguro, ¿qué conciencia, qué probidad eran las suyas cuando no sólo aguantaron, sino que por sí mismos promovieron, en competencia con los conservadores, la invasión fraileña?

¡Y acababan de salir casi todos ellos de las filas republicanas! Y los que republicanos, se quedaron, ¿qué hicieron? Castelar, alar les de neo; Pi, encerrarse en su gabinete; Salmerón, equilibrios declamatorios y bueros.

¿Dónde, cuándo resonaron los gritos de alarma al pueblo para prevenirle contra el mal más grande que á todos podía amenazarlos? Tan cómplices por el silencio fueron ellos en el Parlamento, como la prensa en sus columnas. La invasión monacal se ha ido realizando incesantemente, las voces viriles, las amenazas, la campaña antimonástica verdad, la acción de resistencia eficaz é imponente, esa jamás ha parecido por ninguna parte.

Si los republicanos clásicos, los Murro, Azcárate Salmerón, Pi, Carvajal, los que formaron las primeras minorías, y ya que no ellos, los que han formado

luego las demás, se hubieran propuesto seriamente librarnos del fraile, del jesuita, del Vaticano, con la convicción de que ese era el primero é ineludible deber, aquí apenas habría conventos, ¿qué había de haber? aunque los liberales de la Restauración hubieran faltado, como faltaron y siguen faltando, Canalejas inclusive, á su conciencia.

Cuando un núcleo liberal se ha propuesto seriamente, tenazmente algo, ese algo ha sido un hecho, y han caído Gobiernos, han echado baba camarillas, ha tascado el freno el mismo Papa.

El que haya seguido atentamente la política española, habrá echado de menos en los liberales, liberalismo; en los avanzados, vigor, energía, voluntad, cohesión y... sindéresis. Todo luchas de torneo con cañas, con apariencia de lanzas; todo componendas, abdicaciones, divisiones, miserucas, ridículas vanidades y codicias, tratar asuntos baladíes; y la gran cuestión, la clerical, esa para mañana ó para tema del discurso académico de hoy, deslumbrante y vacío como las campanas. Eso sí, mucha corrección y vaselina.

Después, era inevitable, la vil é infame traición, la vergonzosa villanía de la Solidaridad; el entregarse ya sin pudor al Papa, al jesuita y al carlismo separatista.

Por eso el fraile se ríe de Canalejas y de todo lo que huele á liberal en España. Sebe que todo ello se rinde ante... ¡otra vergüenza! ante la mujer, y esa el Papa la tiene segura: ella es la valiente, la que manda y domina. No saca los ojos al fraile atormentador de su hijo, porque más ama al fraile que al hijo; que se lo estropeará un profesor laico, y la veremos poner el revólver en manos del marido y lanzarlo contra el maestro.

El descuido liberal en ese punto concreto no tiene perdón, nos está denigrando. No hemos querido ni sabido educar á la mujer. Hemos sido tan bestias y tan mandrias, que hasta nos ha parecido sospechosa la que no iba á misa y no se confesaba, y lo menos creíamos que iba á ser una Luisa Michel. Y si luego nos encoraba su ridícula religiosidad, en concepto de buenos liberales tolerantes la dejamos tranquila ir en busca del cura, sin vislumbrar el peor de los adulterios: el espiritual. Todo eso era más cómodo que educarla. Después, la dejamos que le llevara al fraile los hijos. ¿Qué liberal, qué republicano que se creyera serio no ha dejado educar á los suyos en colegios clericales?

Y ahora la mujer impera, el niño ha salido neo y reprende á su padre porque no oye misa. ¡Antes, á todo padre le costaba un triunfo que su hijo la oyera!... Así nos han vencido, nos han anulado, nos han acobardado; esa es la terrible palabra, y el fraile se burla de nosotros, seduce á las hijas, tortura á los hijos, no paga tributos, nos quita el pan de la boca, se lleva las herencias, es más dueño de la mujer que su marido, pisotea la bandera española, se pasa todas las leyes por entre los muslos y con cinismo nos escupe á la cara.

Hace bien, muy bien; no es valiente, pero sabe que le tenemos miedo y nos

mira con irritante lástima. Con las mismas leyes, con los mismos mausers, pero con una opinión, una masa esforzada y altiva, ó se habría humillado ó se habría ido, y el clero se estaría quieto en las iglesias; tales como hemos venido á parar, el mismo desdén le inspira al cogulla el presidente del Consejo que el barrendero, y con justicia.

¿Y va esto á durar siempre? Si continuamos pensando, hablando y procediendo como ovejas, durará y se agravará; le dará vigor la prensa con su silencio y sus atildados eufemismos; las minorías avanzadas, con su extravío de la orientación primordial que debe guiarnos; y la multitud, de por sí dada al nirvana marásmico, al ver que nadie la callenta ni sería capaz de conducirla, ¿qué ha de hacer con veinticinco años de costumbre del aprisco? Lo que los sesenta gallegos que iban solos.

Y aquí hay que hacer algo para obligar á los que mandan á que á su vez no se estén quietos frente al Papa y al fraile: algo muy terminante, rudo, hondo y rápido, ó el Vaticano nos devora. De los partidos alfonsinos par sí mismos, nada se puede esperar; son como los asnos del yesero, que sin el palo no se moverían y van hacia tal ó cual lado, según el varazo les da en el contrario.

He ahí nuestra primera misión; pero... todo hace presumir que los pocos que tienen el valor de llenarla, se quedarán solos en castigo de su audacia.

Puede el fraile seguir atormentando niños ó jovencitas y abusando de ellos y de todos como quiera, «per sæcula sæculorum. Amén».

EL RADICAL

San Vicente del Raspeig

Este pueblo camina á pasos agigantados hacia el progreso.

Hace poco más de un año, se celebró el matrimonio civil de Juan Antón Carbonell y Antonia Ferrándiz; poco después, la inscripción civil de la niña Palmita Acracia Soler; y ahora, la de otra niña llama á Sara Libertad, hija de Mariano Fuentes Bañuls y Jo efa illo, de cuya inscripción fueron testigos el director del Colegio laico, D. José San Juan, y el conserje del Círculo Republicano, D. Vicente Llorea.

Para dar más solemnidad al acto, organizaron la fiesta los socios de la Juventud del Círculo Republicano, invitando á los correligionarios de Alicante, que hicieron el viaje en carruajes á este pueblo.

Se adhirieron á la fiesta la Juventud Radical Alicanina, el Círculo y los centros de Las Carolinas, Carmen y San Antón.

La banda de música que dirige D. Manuel Vilaplana, ejecutó bonitas piezas de su vasto repertorio en la calle del Horno, frente á la misma casa donde nació la pequeña Sara Libertad.

Hubo lunch y baile, pero no discursos, por que con el acto bastaba para convencer hasta los más indiferentes.

Esta gran fiesta quedará impresa en la mente de todos los sanvicentinos y sumará muchos prosélitos al librepensamiento.

Este pueblo, que cuenta con un cole-

gio al que asisten ciento diez alumnos y que en poco más de un año celebra tres actos civiles, lo repito, camina á pasos agigantados hacia el progreso.

Nuestro pésame á los clericales por tan sensibles pérdidas y el para-én á cuantos aman el progreso y la libertad.

VICENTE SOLER

¡Menos intransigencias!

¿Por qué han clausurado la colonia agrícola de Castellamare (Itali)?

Porque el director, un sacerdote, dedicaba los niños á pedir limosna y á que de paso robaran lo que buenamente pudieran.

Dos años antes, y por igual causa, había sido cerrada la colonia de Orzano Ticino, dirigida por el mismo ministro del Señor.

¡Pobres curas! No los dejan ya vivir en ninguna parte.

Si mandan que los chicos á su cuidado pidan limosna, para acostumbrarlos á que practiquen la humildad cristiana, malo.

Si les encargan que vayan echando las bases de una civilización nueva, procurando la nivelación de las fortunas, peor.

Si los castigan por las faltas que cometen, para que se enmienden, ¡qué escándalo!

Si los acarician con más ó menos vehemencia, ¡qué inmoralidad! ¡qué profanación!

¿Pero quieren decirme entonces los impíos qué es lo que pueden hacer los sacerdotes con los niños? Posible es que me contesten: ¡nada!

¡Qué exageración! ¡Cuánta intolerancia!

Temiéndome estoy, si esto sigue así, que dentro de poco no haya un joven que quiera dedicarse al sacerdocio. Prohibiciones absurdas, rabas, censuras... ¿Quién va á ordenarse el día que se supriman las franquicias morales que constituyeron hasta hoy la dicha del sacerdote? Y si nad e se ordena, ¿cómo van á cubrirse las vacantes que la parca fiera vaya haciendo en el clero?

Tiemblo sólo ante la idea de que pueda disminuir por falta de pretendientes el número de los ministros del Señor, hasta desaparecer por completo; si bien por otra parte me alegraría verlo, para que se murieran de aburrimiento y fastidio los habitantes de los países católicos.

¿Qué iba á ser de ellos sin curas y frailes que se dedicaran á honrar y enaltecer los siete pecados capitales y faltar á los diez mandamientos?

Mediten bien en esto los que censuran á las gentes de Iglesia y absténganse de pedir que se enmienden ó desaparezcan.

Se entristecería mucho nuestra vida, si la privaran de las emociones regocijadas que nos proporcionan curas y frailes.

EL CLÉRIGO APÓSTOL Y APÓSTATA

Defamamos ayer, antes de venir los sucesos de la semana trágica, que el «clérigo» necesitaba una fuerza superior para dejar de serlo.

Una de estas causas es el fatal error con que la sociedad mira al «apóstata» y al «renegado», como si estas palabras no significaran estados heroicos, como si el «renegado» de una idea no fuese el confesor de otra, y como si el «apóstata» no «dejase» con su misma apostasía el supremo acto del apostolado.

Cuando ya las «ideas» actuales no resisten a la apostasía, surgen en el sujeto las «ideas irreflexivas» de antes, mal enteradas, los afectos que viven en los hábitos, y luego la refracción social, que le obliga a ser clérigo por fuerza.

Veamos cómo.

Las vacilaciones de la conciencia

A poco que nos fijemos podremos observar que en la conciencia clerical se ventilan los grandes problemas científicos, morales y biológicos. Atrofiada é invertida la sensibilidad de la especie en cuanto a la progenie, en cuanto a la paternidad y en cuanto a la posteridad, carece propia mente de vida específica: es «asexual» é híbrido, más de alma que de cuerpo, quedando sumergido en una especie de biofobia y antropofobia; horror al origen de la vida, que es el pecado; horror a la procreación, que es bestialidad; horror al cultivo vital, que es la familia; horror a las pasiones é instintos, que son el demonio; horror a la sociedad humana llamada Mundo, Mundo, demonio y carne! Oba todo lo de fuera de sí en el espacio y en el tiempo, y todo lo de dentro de sí mismo fuera de su imaginación furiosa llamada espiritual. Este horror ha sido «exento» y «armado» con treinta años de «sistemas erigidos en sistema filosófico, moral, estético, social y universal».

Sobre todo en la «Églogía», la Iglesia negocia un arte científico asombroso: «¿Quién es el hombre?... ¿quién soy yo?...» Todo un sistema antropológico y psicológico en el cual se han filtrado y transformado los más sutiles conceptos de la ciencia y los más sublimes inventos de la poesía, base armada sobre esas dos preguntas para negar la humanidad y la naturaleza y para enterar la conciencia del Yo, que es sentido como el mayor enemigo. A esta cadena intelectual se añade la cadena moral de los sentimientos invertidos.

Al adquirir conciencia del error doctrinal, que no es perfecta hasta haberse llegado a resolver uno por uno todos los argumentos de aquel «casillo filosófico», viene esta cadena de la afectividad que aprisiona al corazón a los entes derivados de aquella fantasía. Al salir del convento en los incendios barre onces, una monja, a la vista de un guardia urbano con casco y chaqueta roja, exclamó horrorizada: «¡el demonio!» Cuando haya logrado poner «e acuerdo» estos afectos con la «misma» ideas, «cosa difícilísima» y que requiere un profundo talento de autoeducación y de autoinspec-

ción, ha llegado solamente a poseer la «teoría» de su vida, redimida. Cuando se halle con luz de conciencia y en pleno equilibrio reflexivo, sentirá «poner» y «obrar» armó,icamente; el mismo pesa «ó que en los primeros momentos se le hizo horrible, inservible de luz y de base d'energía para esta conciencia rectificada. Pero hasta aquí su obra es negativa: es lo que los «científicos» llaman «vida purgativa» y en filosofía se llama «función antixénica» del «extranjero» ha si lo arrojado de la «conciencia reflexiva», *per se* «ante» «una» «sua» «miseria» «en el universo con «dijos» «conscientes» que pongan en armonía su actividad consciente con la «complicada» é «intelectual» a realidad de la «pseud» «conciencia» ambiente.

Aquí va de sorpresa en sorpresa: encuentra con un ambiente social que desde hace dos mil años oye cantar las excelencias del «clérigo» y el anatema del «renegado» y del «apóstata». Aun entre los intelectuales supremos no halla quien comprenda que el «apóstata» es el «super creyente»; la renegación no se ve como una sublimación de «reacción» «dentro», sino como miserable «caída». El «emigrado» no es «concedido» viene del extranjero y es tratado como «extranjero». Llámese Paracelso, llámese Lamenais, llámese Tyrell ó Loysy, llámese Gabarró ó Ardiera, en todas partes podrá decir lo que decía Abelardo cuando era «achado» de «apóstata» y no había llegado a venerable «candado» errante y fugitivo como «Cafu» «maldito» de Dios». Per que la vida social no depende ya de su «conciencia» redimida, sino de la «conciencia irredenta» de los otros.

Las contradicciones

Este «solitario» el tiempo y del espacio, desterrado de la sociedad humana por haber sido «clérigo», y de la eclesiástica «por haber dejado de serlo», al volver de su «emigración» espiritual y peñir a la familia humana que le reconoce, siendo rechazado, encuentra realmente en la «sociedad universal», la Verdad le arrancó del cielo imaginario y lo arrojó a la tierra, y ésta lo reconoce.

«Solito...» En esta soledad de conciencia, parecida a la del «incente» condenado como criminal y escarado al presidio sin medios de probar su inocencia, se ve precisado a una nueva y la mayor de las reacciones para no hundirse en la abyección social. En efecto: esta reacción le obliga a sentir, no sólo la realidad de la refracción social universal, sino a saber ver la inconsciencia é irresponsabilidad de esta refracción y adaptarse a ella con la «sublimación» de su conciencia, supliendo la «consciencia» general. Con fiesos que esta reacción ha sido para mí la más difícil, saber disponer la conciencia y la sensibilidad de tal modo, que cuando el interior eclesiástico o anticlerical «saca» a «sentar la «soga al ahorcado», recordándole directa ó indirectamente el «clérigo» saber no sentir la inocencia del insulto ó la imprudencia del amigo, y hacer que se dispare en seguida en el cerebro la imagen de la «inconsciencia», tomando aquel insulto ó recuerdo doloroso como una fastidiosa «evidencia» de la miseria humana, y «oído» como «el» «se» «exera» «decir» «cómo» «idiot» «soy», que te insulta sin advertirlo... ó cómo vil soy, que te insulta con tu propia mano, lanzando el excremento de

tu vida, que sumará con el odio de mi corazón para lanzarlo al rostro...», para llegar a esta faena de «complicada» «psique» de orden más elevado, se necesita un poder reflexivo extraordinario, que sólo el psicólogo podrá apreciar.

Pero no siempre el hombre guarda este equilibrio de plena «consciencia», de atención circunspecta, sino que obra y vive bajo impulsos de afectos é ideas que parecen presentarse en el espíritu por espontánea explosión de los hechos pasados que viven en nosotros en una forma energética é substancial que los biólogos no explican todavía. En el estado de ensueño, este «ocasionismo» funciona totalmente a espaldas de la voluntad actual y nos despertamos habiendo ejecutado mil anomalías. Observemos ahora que el «pelo» «puesto» a este estado físico psíquico del ensueño es precisamente aquel estado de perfecta circunspección, de «vigilia completa», en la cual la atención está «esparramada» equilibradamente por el tiempo y el espacio, internos y externos; y este estado sufre ser tan raro en el hombre como el sonambulismo; hay quien no llega jamás a este grado de «vigilia». Lo normal y ordinario es que la atención esté dormida a un gran número de hechos de conciencia y que se deje absorber y arrastrar por un hecho particular, por una de aquellas explosiones cerebrales, y que el cerebro comience a trabajar sobre ello, aun sin advertirlo la conciencia y sin poder formar el movimiento cerebral. A estos fenómenos pertenecen los llamados «malos pensamientos», y de ellos San Ignacio nos trae un caso de que, sin advertirlo, pasaba horas y horas pensando lo que diría, haría y componería para «plegar» de amores a una cierta dama que parece ser su «cubada». Estos «pensamientos» no son estériles é inútiles, sino que van arrastrando la emotividad y afectividad a una orgia psíquica de placeres é dolores, de ilusiones ó ramordimientos, que se traducen fisiológicamente en toda suerte de derrames y movimientos, orgasmos sexuales, lágrimas, ahogos, estertores, ni más ni menos que en el ensueño; y su fuerza, no sólo es intraorgánica, sino que á veces pone en movimiento el cuerpo, actuando en él, en nuestro caso, no la conciencia presente distraída ó dormida, sino la conciencia pasa la reditiva, que en el ejemplo clerical reproduce conceptos, frases y gestos antiguos, contradictorios del espíritu presente.

Ahora bien: este estado, que tiene todos los grados posibles de intensidad, los tiene también de duración. Lo que fué «cubada» científica contra la fe, es ahora «cubada» de la fe contra la ciencia. Si el sujeto no sabe evocar a tiempo la solución, esta en la «amiga» de nuevo y produciéndose estas «conciencias» «obscure» «clericales» a las «cubadas», «indiferentes» a las «se», anticlericales a las «siste», que á las «obscure» blasfemas como demonios y á las nuevas azotan como anacoretas.

El derrotado

Vimos al niño ser arrastrado á la fe é inducirse la fe bajo pena de muerte infantil al adolescencia ya fervoroso, ser é inducido la vocación con la pena de muerte del joven; al joven ser arrastrado á las órdenes con igual amenaza. La violencia hecha al niño pasó á ser

espontaneidad del joven; la violencia del joven trocése en espontaneidad del hombre; en él vive el impulsor. Se cree ser él el que vive, porque ha olvidado la irrupción que en él hicieron los otros.

Al reaccionar, se encuentra en lucha universal: lucha de afuera y de adentro; y aun los mismos que asumen la misión social de auxiliarse, y con cuyo auxilio cortó las amarras sociales que tenía con la Iglesia, vuélvenle la espalda, siéntese traicionado y defraudado, y...

Y si pudiese cristalizar en la vida, cristalizaría; pero necesita vivir, palpar, respirar, comer, beber, dormir; necesita una cama y un hogar, un plato y una ventana... El «emigrado» se halla desheredado y despojado. Estado, Iglesia, sociedad, partidos, sectas, todos le ponen á la puerta de sus casas. No es perro y no puede vivir en la calle; no es niño y no puede ir al hospicio; no está enfermo y no puede ir al hospital; no es criminal y no puede ir á la cárcel. ¡El repudiado universal!

Los ejemplos son vivos y sangrientos. Ardieta, con cuatro títulos académicos, no hallará trabajo profesional; Sarmiento, pianista, tendrá inútil su arte; Rojas habrá de envainar su flauta; Verdaguer habrá de romper su lira. ¡Verdaguer! ¡El gran Verdaguer!... Ese genio mendigó el socorro de los protestantes; paseó por toda España su necesidad; Pepratx, el extranjero, fué el único que supo hallar para él una subvención; los demás, frailes, obispos, clérigos y no clérigos, fueron insensibles á su agitación ó le hicieron el honor de rebajarle á «mendigo», dándole «limosna», ¡la envilecedora limosna! Vivía de «limosna», es decir, no tenía derecho á vivir... El Estado social ejercía el derecho de matarle y le daba la «vida» de limosna para envenenarla al pan..., para darle el socorro con la afrenta. El genio más bello, más sublime y más simpático del clero en estos tres últimos siglos vivió de LIMOSNA AFRENTOSA. Levantó monumentos, miserables idiotas; vosotros, que os disteis el placer de matarle y envilecerle, daos ahora el clínico y procaz placer de canonizarle. Verdaguer, perdido, acobardado y amilanado, decidió echarse á los pies del protestantismo. ¡Oh, necesidad protestante!, no ha visto que en el cuadro de su historia no hay genio comparable á Verdaguer..., no vió el tesoro á conquistar..., no comprendió que Verdaguer, protestante, habría sido su apóstol más fecundo.

El partido librepensador no supo ver que Verdaguer era una bandera seductora y arrastradora; con ella podrían haberse librado las mejores batallas.

Protestantes y librepensadores dejaron que un fraile avisado se constituyese en redentor de Verdaguer y que pudiera jactarse de ser su protector; la «limosna» del P. Miguelez fué la vida de Verdaguer una gran parte de tiempo. Y Verdaguer, por no morir de hambre en el arroyo, por no tener la dicha de ser perro, vióse condenado al horrendo y escandaloso suplicio de mendigar y aceptar la limosna de manos de Morgades, su enemigo pérfido, que coronó su venganza con esta crueldad satánica. Ardieta lo mismo; Arriaga, el gran Arriaga, lo mismo... Ya hab.aremos de ellos.

En cada uno de estos tipos resplandece la criminalidad social; el crimen

del Estado, de la Iglesia, de la familia, del pueblo católico y del pueblo liberal.

¡Cuántos intentos fracasados! ¡Cuántas epopeyas individuales catalogadas en el ridículo social!

El energúmeno ó el penitente

Después de roto el lazo clerical, este es el dilema que le resta al clérigo: energúmeno ó penitenciado. La Iglesia necesita penitenciados; el penitencia lo es como el manco ó el cojo ó el mutilado que exhibe en la Iglesia, ante clérigos y fieles, su mutilación vergonzosa, para escarmiento de los unos y confirmación de los otros; el «terror» es la «horca» que mece el cuerpo del estrangulado. El reconciliado es un muerto vivo; un esclavo que publica el poder de la Iglesia y su crueldad, el «poullah» malavar.

Protestantes y liberales, al repudiar al «redimido», prestan este servicio máximo á la Iglesia: el mejor de todos y el arma más eficaz. Por esto la Iglesia está siempre «con los brazos abiertos» esperando al penitente. El abatimiento del arrepentido es el sermón más persuasivo. El dice á los clérigos todos: «no salgáis... aprended de mí... sed hipócritas, sed inmorales, ladrones, adúlteros, pederastas, corruptores de menores, rapaces, mentirosos, tiranos... sed cuanto queráis, pero no dejéis de ser clérigos... Aprended... escarmentad.»

El energúmeno lo es de palabra ó de acción; en ambos casos constituye un tipo psíquico particular que se hace horrible á los antiguos correligionarios, insoportable á los temperamentos débiles y comodones y sólo comprendido de quienes comparten algunas de sus sensaciones. También el energúmeno auxilia involuntariamente al clericalismo.

En él viven y se manifiestan la estrangulación de la conciencia, el ahorcamiento aquel suicida de la vida pasada, la irritación del engaño inicuo aumentado por la impunidad y prepotencia de los autores, por el escarnio continuo á que se halla sometido, por la salvaje risa de los idiotas que no comprenden la sublimidad de su conciencia y lo épico de su actividad; todo esto se produce al exterior en imprecaciones violentas, en gestos trágicos, en quejidos estertóreos, en ese conjunto energuménico, que propiamente es estado de ahorcamiento espiritual, de convulsiones agónicas y de mimica de asfixiado. Inútil es que busque médico que comprenda el valor de esos gestos supremos de dolor indecible; la ética no alcanza á saber apreciar la belleza de lo ultra trágico.

En tal estado, producido por la suma de iniquidades sociales, surge con frecuencia el «espíritu antisocial», algo semejante en lo religioso y moral á lo que es en el orden legal el criminal producido por las injustas persecuciones. Como éste mata por matar, incendia y daña por el placer de dañar, porque todo estrago es una réplica vindicativa contra la sociedad perversa, que al hacerse antiindividual para él, le hace á él antisocial, sin reconocerse unidos uno á otro más que por lazos de odio y de muerte; así el energúmeno religioso siente el placer de la blasfemia, de la profanación, del sacrilegio y del escándalo, que son la única venganza posible

y la única compensación que puede tomarse á los agravios recibidos.

A esta clase pertenecen las sectas secretas de estudiantes españoles que en París hacían profesión del sacrilegio y de los cuales aprendió Loyola las reglas de su Compañía de Jesús; á ella pertenecen las saturnales de los conventos, el furor bestial lascivo del fraile, la procacidad del agustino Lutero, el furor homicida de Enrique VIII, el Rey teólogo, el furor comunista del místico oratoriano Le Bon, y recientemente hemos visto los casos de la campaña laicista radical del escolapio Gabarró, los banquetes de promiscuación en Vienes Santo de Charbonel y la pertinaz y sangrienta campaña de Ferrándiz.

La realidad social

Es cierto que el «energúmeno» presta á la Iglesia el favor que hemos dicho, y si viviésemos en un ambiente popular del siglo XI, todos sus esfuerzos serían contraproducentes para la libertad. Hablando con el secretario del Nuncio de las campañas de Ferrándiz, Juste y Martinón, y de la conveniencia para la Iglesia de poner término á las causas que necesariamente las engendran, díjome con cierta sonrisilla que tenía dos puntos de memez y medio de satanismo: «A la Iglesia un escándalo más ó menos no le importa... Convienen ciertos escándalos...» Realmente ciertas frases del Sr. Ferrándiz hacen estremecer al clérigo inexperto y le hacen aborrecer la apostasía; pero la blasfemia queda dicha y cae sobre el ídolo, y cuando éste no puede librarse de ella, aquella blasfemia acusa la impotencia del ídolo; en la mente del espectador su divinidad queda derribada. El clérigo que se asustó la primera vez, ya no se asusta la segunda; el día que siente la iniquidad del ídolo, la blasfemia asoma en sus labios; el pueblo aprende á blasfemar, el ídolo va perdiendo su prestigio... Lo demás se viene por sus pasos contados. El día que España, á causa de éstas y otras campañas, dé el pasaporte al Nuncio y suprima el comederio al monseñor italiano, Sibilla habrá cambiado de parecer, pues está probado que la Iglesia, como el macho del gitanito del cuento, sólo cocea cuando le tocan la bolsa.

En la complicada morfología social es aventurado precisar cuál sistema es más eficaz y cuál acto será más fecundo. Lo contraproducente hoy, mañana reacciona y produce el efecto contrario. Lo que produce un efecto en un espíritu, deja en otro el efecto contrario.

Parece, con todo, que en la masa media actual el gesto energuménico es poco eficaz. Los mismos señores Ferrándiz y Charbonel lo han confesado alguna vez. Ahora, que se necesita una energía frenatríz enorme y un gran dominio reflexivo para sentir la agonía y no manifestarla y adaptar la actividad subjetiva á la realidad social; de esto no hay duda. El apacible Schell ha resistido á Roma más fuerza que muchos agitadores vehementes. Schiller y Lamennais hanle inferido golpes más rudos que otros adversarios impetuosos.

Quizás pueda aplicarse aquí la frase de San Pablo: «No todos han de ser doctores ó profetas; no todos han de ser «energúmenos» ó «filósofos calmosos». Todo don viene de Dios; la Natu.

raleza es muy sabia aun en los hechos que nos parecen más absurdos; y como á la Iglesia le convienen los escándalos de los energúmenos, también á la causa de la libertad le convienen papas y nuncios que los engendren y nutran con sus odios. El energúmeno unas veces acribilla á puñaladas la hostia, como los colegas de San Ignacio; otras veces decapita nuncios y jesuitas, como Le Bon; unas veces es ahorcado y otras veces ahorca. Cuestión de fortuna. Charbonel despidió á Montagnini: no sería imposible que Ferrándiz acompañase algún día á la frontera á monseñor Vico; aquel día, ¿sonreirá el «monsignore»? ¿Caerá del asno?

S. PEY ORDEIX

Frtales que disparan

A las 10 de la noche del día 30 del mes último discutían varias mujeres en la calle de Nápoles (Barcelona), frente al colegio de maristas del Sagrado Corazón, cuando oyóse un disparo, cayendo herida una mujer que presenciaba la disputa desde un balcón de su casa.

Las demás huyeron asustadas, causando gran alarma el suceso en aquella barriada, en que abunda el elemento obrero.

Hechas las averiguaciones consiguientes por las autoridades, resultó que el disparo había partido del convento, en donde, al oír el ruido de la disputa, creyeron tratábase de un motín y que iban á asaltar el edificio.

Un redactor de *El Progreso* logró penetrar en el convento, averiguando, por lo que le dijo el padre superior, que todos los días establecen una guardia por si es preciso rechazar alguna agresión.

Me parece muy bien la medida; de este modo, si algún día la divina Providencia perñite otra vez la quema de conventos, estando advertidos los que se acercan á ellos de que los frailes disparan, tomarán las medidas oportunas.

Dios vela por los suyos.

Los cuervos

Los curas son unos rapaces mezcla de azor y de buitre, pues así descarnizan á los vivos como devoran á los muertos.

Durante los siglos medievales, al hacerse cargo de un territorio conquistado por las armas católicas, al levantar una iglesia ó una catedral, adosado á los muros de la misma construían un cementerio en el cual enterraban los cuerpos de sus fieles muertos, y no hay duda que sobre aquellos cementerios ejercían una jurisdicción relativamente justa. Suya era la iglesia, suyas las paredes del fúnebre recinto, y con dinero suyo, con el de sus fieles ó con el trabajo voluntario de los piadosos parroquianos, se construían y reparaban dichos edificios. Allí plantaba el obispo, el abate, el párroco ó el cura su cruz, y

el muerto tenía de pasar por allí ó por la calle, al cementerio católico ó al muladar.

Pero transcurrieron los siglos, y el feudalismo católico perdió su vigor, el rey y el poder civil elevaron sus prerrogativas por sobre de la Iglesia, y se constituyeron los municipios como entidades, como organismos civiles dispuestos á velar por los derechos de los ciudadanos, y al efecto establecieron sus tributos especiales, con los cuales poder atender á las necesidades de la colectividad.

Vinieron los tiempos modernos, y los municipios, sin renegar de su catolicismo (¿para qué?), tomaron á su cargo los cementerios y los convirtieron en una dependencia, en una propiedad de la colectividad.

Los antiguos cementerios parroquiales, á las luces de los modernos conocimientos de la higiene, constituían un peligro para la salubridad pública, y el poder civil los abolió, los declaró inservibles y los mandó cerrar. A sus expensas se construyeron lejos de las viviendas de los ciudadanos otros cementerios, otras necrópolis según los planos y prescripciones dictadas por el poder civil, y los municipios, con fondos de todos los ciudadanos, pagaron los gastos de construcción de estos modernos cementerios, y bajo su autoridad, su tutela y su conservación quedaron. El Municipio para sus empujados, el Municipio construye sus tumbas, conserva sus calles, cuida de sus árboles y flores, etcétera, etc., y, sin embargo, el Municipio no es dueño de él.

En este caso irrisorio se hallan los cementerios de Barcelona; el Municipio es su dueño, pero el Municipio no manda en ellos: es el cura, es el obispo quien dispone de las llaves de los cementerios.

El cementerio es del Municipio, pero si un ciudadano que forma parte de este Municipio, ayudando con la parte que le corresponde á los gastos municipales, se muere y su familia lleva su cadáver al cementerio, el obispo se le presenta por delante y con las llaves en la mano le pregunta:

—¿Era católico el muerto?

—El muerto no tenía preocupaciones religiosas—contesta la familia.—Vivió honradamente en su ciudad, y ahora muerto, desea que el cementerio de esa ciudad suya guarde sus cenizas.

—Pues se equivoca usted—contesta el obispo olvidándose de los mandatos de Cristo.—El cementerio es católico y aquí no puede entrar el que muera fuera del seno de la verdadera Iglesia.

¿Habéis visto mayor anacronismo?, ¿mayor arbitrariedad? ¿Por ventura el Municipio intenta privar la entrada en él de los católicos? ¿No tienen todos los ciudadanos un mismo derecho?

En efecto, en Francia, en Bélgica, en Alemania, en todos los países civilizados, el Estado ó el Municipio construye sus cementerios y bajo su cuidado los tiene, y ningún cadáver de ningún ciudadano se ve privado de entrar y descansar en él. ¿Que el muerto era católico y murió en el seno de la Iglesia? Pues le acompañan uno, diez ó cien curas, le cantan hasta las cuarenta, le bendicen la tumba, y en paz. ¿Que el muerto no tenía necesidad de religión alguna? Pues su familia, sus deudos y amigos le conducen también al cementerio, le colocan en su tumba, en su nicho ó

bajo tierra, le dan la última despedida y en paz para siempre.

Pero esto que pasa en todos los países civilizados, esto que es lo justo y racional, no pasa entre nosotros. Aquí todos los ciudadanos pagan un cementerio para uso sólo de una parte de ellos, los católicos, y se da el caso irrisorio de que todos tenemos una casa de nuestra propiedad y otro la habita y tiene las llaves, y se nos arroja de ella cuando intentamos entrar.

La mayoría radical de nuestro Ayuntamiento presentó el otro día una proposición encaminada á hacer desaparecer ese absurdo, á reparar ese atropello que comete el poder religioso, y es de todo punto necesario que no se deje de mano hasta lograrlo, que se logrará de seguro si nuestros representantes saben cumplir con su deber. No es necesario esperar el advenimiento de la república para realizar ciertas cosas; debe ponerse empeño en lograrlas interin ésta se acerca y á guisa de preparación para disfrutar ulteriores reformas progresivas.

Barcelona.

KOSMÓPHILO

Dios no existe

El sér á quien los habitantes de la Tierra han llamado Dios, no existe. El Buda de los chinos, el Osiris de los egipcios, el Jehová de los hebreos, el Júpiter de los griegos, Dios el Padre, ó Dios el Hijo de los cristianos, son concepciones humanas, personificaciones creadas por el hombre en las cuales ha encarnado sus más altas aspiraciones, sus virtudes más sublimes y también sus prevaricaciones y sus vicios más perversos.

En nombre de ese supuesto Dios los reyes y los papas han, en todos los siglos y en todas las religiones, embrutecido la humanidad en una esclavitud de la cual no se halla del todo emancipada; en nombre de este Dios, hay quien protege la Alemania, quien protege la Inglaterra, quien protege la Italia, quien protege la Francia, quien protege la división y las barbaries todas; en nombre de este Dios, y en nuestros días, los pueblos que se llaman civilizados se hallan perpetuamente armados unos contra otros y se les excita como perros rabiosos á que se precipiten á una lucha en que la hipocresía y la mentira, sentadas en las gradas del trono, hacen reinar el «Dios de los ejércitos» que bendice los puñales y ahonda sus manos en la sangre humeante de sus víctimas, para marcar con ella la frente de los potentados con corona.

En nombre de este Dios, los papas lanzaron á la hoguera á Juana de Arco, á Giordano Bruno, á Esteban Dolet á Juan Huss, y á tantas víctimas heroicas; en su nombre condenaron á Galileo y bendijeron á San Bartolomé; con él los estandartes de Mahoma cubrieron toda la Europa; los reyes del «pueblo de Dios» no cesaron de verter sangre humana; Gengiscan y Tamerlán señalaron el ca-

mino de sus conquistas con pirámides de cabzas.

A este Dios es a quien se elevan aún altares y se cantan Te Deums.

Símbolo de la opresión de los pueblos, del asesinato y del pillaje, este ser tan infame no existe ni jamás ha existido.

CAMILO FLAMMARION

Para el pequeño

Sentía miedo. Un temor inexplicable, un presentimiento de algo terrible oprimía su pecho. Escuchaba, sin osar separarse de la abierta ventana iluminada por la vaga claridad de la noche, claridad llena de las fantásticas sombras proyectadas por los paños nubarrones que huían a perderse en las lejanías del horizonte.

En las tinieblas de aquella habitación en que creía hallarse perdida, presa de continuos estremecimientos, permanecía insensible a las frescas emanaciones de la tierra y de las plantas humedecidas por una abundante lluvia.

En aquella angustiosa situación recordaba la voz seca y el gesto de anatema con que al anuncio de un probable embarazo él la había respondido: «No nos faltaba más que eso.» Y luego, al llegar la hora de partir para ganar el mezquino alfilerío del día, por primera vez desde su matrimonio se había marchado sin darle el beso de despedida.

La noche avanzaba, y en aquella habitación sin luz, en aquel silencio sólo interrumpido por el monótono *tac, tac*, con que un antiguo reloj marcaba el paso del tiempo como si ayojase uno a uno los minutos con su exactitud acostumbrada, la pobre joven se sentía presa de un terror supremo.

El, de ordinario tan puntual; él, que rechazaba siempre todo trabajo extraordinario que le impidiera consagrar las velas a su mujerita... no volvía aquella noche. En tan terribles momentos complacíase en recordar la época de su matrimonio.

Hacía un año. Una noche de otoño la casualidad los había reunido en uno de esos coches del pueblo, en un viejo ómnibus, macizo y pesado armatoste que saltaba sin cesar sobre el empedrado de los barrios extremos que atravesaba.

Aquella noche llovía torrencialmente, y el agua, que escurría por los cristales de las cerradas ventanillas del carruaje, mojaba las espaldas de los viajeros a cada brusco movimiento de la pesada caja.

En el interior del carruaje la atmósfera era tan densa que se hacía imposible respirar. Entonces él, Alberto Langlois, había abierto una de las ventanillas, y dirigiéndose a su vecina de la derecha, habíale preguntado: «Señorita, ¿le molesta a usted el aliento? A lo que ella se apresuró a contestar: «No, señor.»

Los demás viajeros protestaron al sentir la bocanada de aire frío que penetró por la ventanilla; pero ellos no hicieron caso de semejantes protestas y entablaron conversación, resultando que en todos los asuntos opinaron lo mismo.

De este encuentro Alberto había conservado una dulce impresión, que poco a poco fué convirtiéndose en amor por la joven del ómnibus. Volvieron a verse y al matrimonio no tardó en acordarse entre ellos.

El trabajaba en calidad de agente de negocios, copiando escrituras y otros documentos, y si bien no estaba relacionado con la riqueza, como era arreglado y económico tenía algunos ahorros. Ella esperaba obtener una plaza de maestra de enseñanza primaria.

Durante los tres primeros meses su dicha fué completa; pero cuando se agotaron sus economías, cuando se vieron reducidos a los únicos recursos que les proporcionaba su trabajo, empezaron a encontrar dura la existencia y él casi a renegar de su casamiento.

Ella era más dócil e indulgente cuanto más se agriaba el amor de su marido. Pero jamás había visto a éste tan fríamente cólerico como aquella mañana en que le había anunciado el posible nacimiento de un hijo. Porque, a juicio de Alberto, el nacimiento de un hijo en aquellas circunstancias significaba una enfermedad, mayores gastos, y como resultado, la miseria.

La infeliz agonizaba de miedo, escuchando hasta el menor ruido de la calle, el crujido de los muebles, los pasos de los escasos transeúntes.

En el reloj de la alcazía inmediata dieron las ocho, interrumpiendo el fúnebre silencio de aquel día.

Presa de una crisis nerviosa, rompió a llorar con acongojados sollozos, sintiéndose abandonada, sola, sin atreverse a mover ni a pensar y sintiendo el espanto de un vacío sin nombre, infinito, en el que se hallaba perdida, perdida sin esperanza.

En los pasillos rápidos se dejaron oír a lo lejos de la calle, y poco después el girar de una llave en la cerradura. Era él... él, que decía: «Elvira, ¿estás ahí?»

Ella tímidamente y sintiéndose feliz, dió algunos pasos diciendo: «¿Cómo venes tan tarde?»

A lo que él respondió: «Había un trabajo extraordinario, y me ha quedado a hacerlo... para el pequeño.»

HENRI DESMARET

Usurero y cura

Telegrama publicado en *El País*:

Sevilla 5. En Dos Hermanas, el padre cura D. Antonio Romero Montes, ha caído una cuerda disparando al caer un tiro en la cabeza.

El cura es un viejo usurero. Prestó a préstamos usurarios una cantidad a su convecino, un pobre hombre. Este fué a decirle que no podía abonarle un plazo. Se enfadó el padre de almas, gritó, insultó, y, sacando un revólver, disparó. El herido está grave.

La Guardia civil ha tenido que proteger al criminal de las justas iras del pueblo. M.

¿Qué tal ese despreciador de los bienes terrenales? Que le vayan con lo de «perdónanos nuestras deudas».

Si sólo o por pedirle un plazo para pagarle la que con él tenía, ha andado a tiros con ese infeliz, ¿qué no hubiera

hecho si llega a decirle que no se la pague? Lo aseña a tres o cuatro veces.

¿En qué es mala sin Dios habiá aprendido que el diablo Dios en la Tierra es el dinero, y que debe exterminarse al prójimo, ya sea para adquirirlo, ya para recuperarlo?

Es un tipo presidiable el que vive de la usura; pero si además es cura, ¡justiciable, fusioble!

Supercherías católicas

Cuando Enrique VIII de Inglaterra se emancipó del Papa, ordenó, para dar a conocer bien el catolicismo, que se exhibiera en las plazas públicas todos los artilugios que usaban curas y frailes para fingir milagros.

Las gentes pudieron ver entonces las ampollas llenas de agua colorada para que los Cristos sudaran sangre, ó la llovera; los tubos acústicos que iban a parar a las bocas de las imágenes que hablaban; esponjas que, remojadas, producían el sudor de vírgenes y crucifijos; maquinarias ingeniosas para hacer que las imágenes movieran los brazos ó la cabeza... Pero nada asombró tanto a los ingleses como el saber que la mitad de las monjas expulsadas de los conventos se hallaban encinta.

Lo mismo sucedería en España, si hubiera un Enrique VIII ó otro con sus mismas... energías.

Los cimientos cristianos

Se ha negado realidad a la verdad matemática, porque su origen es ciertamente inseguro, y se parte de un fundamento ideal é imaginado para el curso de toda su especulación.

Todos los números van fundados y precedidos del cero, un número que no existe, así como a las líneas y las figuras que se puedan concebir y dibujar dentro de la Geometría, se derivan del punto matemático, una cosa que jamás ha visto nadie, que ni puede dibujarse en ningún sitio, ni medirlo, por lo tanto, con ningún instrumento matemático. Sin embargo, el número uno y la línea más pequeña son cosas familiares y existentes con las cuales operamos todos los días. La fe, la religión, todas las religiones conocidas, tienen un fundamento menos seguro y mucho más discutible. La fe, fundamento de todo credo, es una torpeza del hombre, una sin razón cualquiera, sobre la cual se funda toda una explicación del universo y de la vida.

Los fundamentos del cristianismo descansan sobre la torpeza de un desdichado de hace diez y nueve siglos.

La idea de Dios, de un Dios personal, de un Dios de carne y hueso, de un hombre más grande, de más tamaño que los hombres conocidos, es la obra arcaica de un salvaje, que al subirse a una montaña vieja, con toda seguridad, reflejada y aumentada su figura en las nubes más próximas é inmediatas. Fué un caso que ocurre siempre cuando un

hombre se sube á una monaña y cuando se llega en globo á ciertas alturas, según nos aseguran los grandes aeronautas que han tenido ocasión de comprobar este fenómeno que se verifica en las nubes por un juego de la luz.

Los dioses más antiguos no han sido de otra suerte. Han sido reflexiones, devoluciones de sombras, de imágenes, de sonidos, de colores.

El dios que adivinó Moisés en la montaña, cuando subió á recibir las tablas de la ley, fué seguramente su propia sombra dibujada en las nubes. El dios Eeo, que vivía en los bosques de la antigua Grecia, fué la devolución de una palabra reflejada en las ramas y en los troncos de los árboles. El famoso Narciso fué el rostro del primer observador que se miró en las orillas de un río.

Dios ha sido un retrato del hombre, un retrato que no pudo reconocer el retratado, como no se reconocieron aquellos bestias que delante de un espejo colosal se dijeron entre sí: «¿Qué tonos son esos hombres que nos miran!»

Pero si Dios ha sido la primera ignorancia del hombre la religión ha sido la primera picardía: el engaño del que supo valerse el primer enterado que quiso explotar al resto. Así, después de la imagen del Señor, lo segundo, lo que sigue en todo culto, es la prueba y el acto del engaño, el odioso recibí, el documento terrible que ha firmado el pobre necesitado para alcanzar una prórroga en la existencia: la Biblia, el Talmud, los libros sagrados, que atestiguan y prueban la verdad de la fe.

Dentro del cristianismo, la obra de falsificación ha llegado al «sumum» de la cantidad y de la perfección.

En primer término, el cristianismo empieza por fundarse sobre libros ajenos; se funda sobre la gran obra judía que constituye lo más conocido con el nombre de Biblia. La Biblia no es cristiana, es judía. Es cristiana por adopción, porque ha sido adoptada por los cristianos, pero es anterior al cristianismo. La Biblia es un libro judío, un ensayo antiquísimo de «Enciclopedia»; es un diccionario antiguo, escrito sin orden alfabético, pero por orden de materias, como se hacían y era más fácil hacerlo todavía, los antiguos diccionarios generales. En la Biblia se consigna todo el saber, toda la ciencia, todo el arte, toda la historia y toda la poesía del pueblo hebreo. Así se hace en ella la historia del mundo, la historia de los reyes de los judíos, se catalogan los códigos penales, civiles y mercantiles del país, y finalmente las poesías de sus principales poetas, así como los discursos de sus principales políticos. Hay profecías que yo creo, sencillamente, que fueron discursos de propaganda política. Muchas de ellas parecen obras más bien del organizador de un mitin que traslado de una inspiración divina.

Los segundos fundamentos de la fé descansan sobre los libros del «Nuevo testamento» ó sea la «Biblia moderna.» La «Biblia cristiana» constituida por los cuatro Evangelios y los cientos de los apóstoles.

Los Evangelios se dicen inspirados por el «Espíritu Santo» á los cuatro perodistas más antiguos del mundo cristiano. Eso sí, los setenta y tantos evangelios apócrifos han sido obra del «Diablo», como lo han sido también, á medida que los años han ido pasando, to-

dos los libros apócrifos anteriores al estilo evangélico, y las vidas extraordinarias de los santos, escritas posteriormente por piadosos embaucadores ó novelistas á modo de esos últimos que padecemos ahora: los estibadores de sucesos y glosadores de la prensa.....

Los últimos «Evangelios» se están elaborando actualmente entre los rebeldes que no profesan la enervante moral cristiana, que ha embrutecido y ahorrado, durante muchos siglos, á la oprimida Humanidad.

G. URBANO

De Extrañi

En Medina del Campo, lo siguiente está ocurriendo casi diariamente:

Los padres escolapios, en reata sacan á los alumnos á paseo y conducen á todos en reata á una dehesa inmediata.

Para que allí los chicos se recreen, de fusiles de palo les proveen y dos horas están, libres de azares, practicando ejercicios militares.

—cual si oyeran los bélicos estruendos— al mando de los padres, reverendos.

Ahora los medinenses liberales, con fusiles iguales deben ir á la dehesa,

á fin de simular una sorp esa que dé á los escolapios ocasión de completar la bélica institución enseñando á los chicos á correr, ¡que es lo más útil que les ha de ser!

Crímenes de la Iglesia

En 1517 el papa León X hizo estrangular en las puertas mismas del Vaticano al cardenal Patroncci, de quien decía saber que había querido envenenarlo.

Menos mal mientras los crímenes se quedan entre ensoñados de tanta categoría. Sería de desear que se desarrollara infinitamente esta costumbre de estrangularse, envenenarse, etc., unos á otros; nos divertiría mucho á los racionales.

En 1523 el inquisidor de Sevilla Alfonso Manrique, arzobispo, empezó su reinado inquisitorial, que duró quince años. En ese tiempo hizo quemar vivas á 2.250 personas y dar muerte en las prisiones á 11.000.

En 1545, á petición de los inquisidores de Aix (Francia), fué enviada una banda de asesinos á la villa de Cabrières, cuyos habitantes eran herejes valdenses. Casi todos fueron degollados.

En 1560 la Inquisición de Sevilla quemó al monje Juan de León. Lo habían traído preso desde Holanda, con la cabeza metida en un casco de hierro y destrozada la garganta por una mordaza puntiaguda, al extremo de que la bilis le salía por la boca..

En 1560 el Papa Pío IV hizo ahorcar al cardenal Carlos Caraffa y encargó á un jesuita muy hábil que envenenase á otro cardenal, hermano de aquél, Alfonso Caraffa. Temía que le asesinaran ambos piadosos hermanitos. Entre bobos andaba el juego.

En 1566 fué acusada en Roma una joven de haber protegido la fuga de una hermana suya hereje. El Papa Pío V, que ahora se venera como santo en los altares y era un criminal odioso, la hizo golpear hasta que malparó (estaba encinta). La entregó luego á los inquisidores, quienes la pusieron desnuda sobre un caballete, le rompieron las articulaciones y la ahogaron, haciéndole tragar agua podrida. Luego le quemaron la matriz con láminas de hierro candentes.

El clericalismo español y el clero americano

La República y la Iglesia.—Un arzobispo republicano y socialista.—El liberalismo que es pecado aquí, se canoniza en América.—La «ley del embudo» en la libertad religiosa.—El clero «adaptable».—La bendición apostólica y el amor evangélico del clero romano para una República protestante, etc., etc., etc.

No acabaríamos de poner títulos y subtítulos á este trabajo que fueran suficientes á satisfacer nuestro deseo de que por un primer golpe de vista abarcaran nuestros lectores toda la importancia de los hechos que vamos á relatar, que constituyen una demostración plena de que la mal llamada cuestión religiosa en España no es más que un egoísmo brutal del clero, ó mejor dicho, de la política romana, que no piensa más que en sobreponerse y dominar á los Poderes constituidos allá donde éstos no son lo bastante fuertes para hacerse respetar, mostrándose sumisa y hasta amante donde comprende que su dominio es imposible.

Prueba palpable de lo que decimos se encuentra en un libro que ha llegado á nuestras manos, en el que, bajo el título de «La Iglesia y el siglo», colecciona nuestro querido compañero en la prensa, D. Baldomero Argente, muy correctamente traducciones, unas cuantas y muy notables conferencias y discursos de Mgr. Ireland, arzobispo de San Pablo, en los Estados Unidos, de cuya obra entresacamos las siguientes frases y conceptos, que son sólo unas pocas y no todas de las más notables de las muchas en que abunda esa obra:

«Hoy la rutina del tiempo antiguo es fatal; los medios usuales sienten hoy la decrepitud de la vejez; la crisis pide algo nuevo, algo extraordinario, y á esa condición deberá la Iglesia católica la mención de la mayor de sus victorias en el más grande de los siglos históricos.» (Pág. 41.)

«La Iglesia, tal como nos aparece en las palabras y en las acciones de los hombres de Iglesia, merece también su parte de reproches.» (Pág. 42.)

«Los grandes teólogos de la Iglesia, los Tomás de Aquino, los Suárez, nos surten en sus enseñanzas de un programa de esta de-

mocracia política que toma en el siglo presente su forma definitiva. Afirman y demuestran que todo poder político viene de Dios por el pueblo, por el bien del que son delegados los príncipes y los reyes, y que cuando los reyes se hacen tiranos, le queda al pueblo el derecho inalienable de la sublevación. (Pág. 55.)

«Los principios que sirven de punto de apoyo al movimiento social de nuestra época en todo lo que hay de legítimo, son principios enseñados constantemente por las escuelas de teología católica, como, por ejemplo, esta verdad importante proclamada por el cardenal Manning con gran escándalo de la aristocrática Inglaterra: «Que en un caso extremo todos los bienes se vuelven propiedades comunes». Los católicos se han acostumbrado desde hace tiempo a encerrar sus enseñanzas en el recinto de los templos y de los seminarios; y cuando de pronto esas enseñanzas aparecen a la luz del día de la humanidad, ya las desconocen, tienen miedo de ellas y las niegan.» (Pág. 56.)

Tiene razón el arzobispo Ireland; y tanto las desconocen y las niegan, que al que hoy dice lo que dijo el cardenal Manning (que después de todo es mucho menos de lo que en contra de la propiedad dijeron los Santos Padres), le llaman anarquista; y ya es sabido que a los anarquistas quieren se les trate como a raza espúrea. En lo que no tiene tanta razón Mgr. Ireland, es en lo de que esas doctrinas están encerradas en las iglesias y en los seminarios; es decir, encerradas sí, bajo siete ó más llaves y en condiciones de que nadie absolutamente se entere de ellas; hasta el Evangelio, base de todas esas enseñanzas, y del que naturalmente no se ha podido prescindir, se suministra en un solo culto, la misa, en dosis homeopáticas y en latín, para que nadie lo entienda.

Y seguimos copiando del libro «La Iglesia y el siglo»:

«¿Qué es la democracia?—El Presidente Lincoln la ha definido: «El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.» Si el pueblo, es decir, la multitud, las grandes masas, ha llegado a ese grado de instrucción y de *self-control* que le permite gobernarse a sí mismo, tanto mejor.—¿Qué era en sus comienzos el cristianismo? Una verdadera democracia.—Cuando Cristo pasó por la tierra podía escribir el poeta pagano: «El género humano vino para el bienestar de unos cuantos.» Jesucristo ha enseñado que todos eran hermanos, teniendo por encima de ellos el Padre común de todos.» (Pág. 141.)

Ahora véase lo que dice este arzobispo católico acerca del modo de conducirse sus ovejas en un país protestante, y compárese con lo que para éstos y para cuantos no son católicos dicen y quieren donde, como en España, la Iglesia oficial es la Romana:

«No estamos todos de acuerdo, ni sobre las ideas religiosas, ni sobre las ideas sociales, ni en muchos otros terrenos. Pero a fuerza de conocernos y de amar la libertad, tomamos por regla dar a los demás lo que queremos para nosotros mismos. No nos servimos nunca de la ley para hacer la propaganda de nuestras propias ideas. Respetamos siempre a los demás, porque nosotros queremos ser respetados.» (Págs. 142 y 145.)

«Señores—decía hablando con unos patronos después de haber hablado con los obreros—cuando concedía anoche sus derechos a los obreros, y cuando les decía que debían defender esos derechos, defendía los vuestros, pues obtendréis vuestros derechos cuando concedáis sus derechos a los trabajadores.» (Dice la traducción que transcribimos que los patronos aplaudían.) (Pág. 151.)

Hablando de la cuestión social, dice:

«Nadie se ve privado del derecho sublime

que Dios le ha dado al crearle: el derecho de vivir, de vivir conforme a la dignidad humana y de hacer vivir a su mujer y a sus hijos. Hay que reconocer como principio social, no sólo la caridad, sino la justicia; hay que reconocer a cada cual el derecho de ganar como fruto de su trabajo lo suficiente para que viva y para hacer que vivan los suyos.—Una vez reconocido este principio, y lo es fácilmente en una sociedad democrática, la cuestión social está casi resuelta.» (Página 156.)

«Por consiguiente, trabajad con el pueblo y para el pueblo, pues hoy es el tiempo de la democracia.—¿No ha dicho San Pedro: «La religión tiene las promesas de la vida futura y de la vida presente?» (Págs. 172 y 173.)

«Que el pueblo sepa que no otros le reconocemos sus derechos y que buscamos el remedio. Cuando vea que estamos trabajando por su felicidad, nos escuchará si le decimos: «Tened paciencia durante un poco de tiempo.» Por favor no le digamos: «Tened paciencia para siempre.»—Un escritor inglés dice muy bien: «No prediquéis el Evangelio a un estómago vacío; no escuchará.» Y en regla general es verdad, hay que decir, pues: «No predicad la virtud con frecuencia, a menos de que el medio ambiente en el que vivan esos pobres sea de modo que la virtud sea en él fácil.»—Cuando se dirija un llamamiento en nombre de los derechos del pueblo y del sufrimiento, que las primeras voces que se oigan sean las de los soldados católicos.—Nuestra desgracia, y esto lo digo con entera libertad, es que los católicos de todos los países se dejan aventajar. ¿Por qué? No lo sé; no es la falta de fe, sino la prudencia, la que los echa siempre hacia atrás. Pues bien; ¡marchemos adelante! Más vale marchar avanzando, y a veces dar una caída, que no andar nunca.» (Págs. 175 y 176.)

Y, por último, véanse éstas sus palabras, inconcebibles en España en boca de un eclesiástico, y casi casi hasta de un simple católico:

«Antiguamente se decía que la Iglesia católica no podía conciliarse con la República, que el aire libre de América la sería fatal. Se imaginaba que los católicos querían implantar en los Estados Unidos las ideas anarquistas ó imperialistas de los demás países. La Iglesia católica ha respirado el aire de la República y la ha ido bien.—Puedo citaros un hecho a propósito de esto. Hace algunos años fué a San Pablo un ministro protestante. En uno de sus sermones declaró que la Iglesia era opuesta a la República y que la República no debía soportar la Iglesia. Después del sermón, los principales agentes fueron a buscar al ministro, y le dijeron: «Su sermón no es nada a propósito para aquí, pues el republicano más ferviente del país es el obispo.» (Pág. 153.)

«No debo terminar esta parte de mi plática sin decirlos que nosotros, los católicos americanos, estamos hoy un poco orgullosos por el hecho de que la República ha merecido la aprobación y la bendición especial de la Santa Sede.—Tengo en el corazón un vivo sentimiento de gratitud hacia el gran país que ha sido la causa de que León XIII haya canonizado la República. Hasta ahora cuando venía a Europa, me oía calificar de obispo un tanto peligroso; porque era un obispo demócrata, un obispo republicano, casi me tomaban por un hereje. Puede que dijeran: «Esas ideas están bien para allí, pero es porque los americanos no están todavía bien civilizados.» No me atrevía a decir casi nada, ó cuando menos no hubiera tenido las palabras valientes de hoy para hacer brotar los pensamientos de mi alma. Al llegar a Roma esta vez oí decir desde la cumbre del Vaticano: «De todas las formas de gobierno que la Iglesia ha reconocido y ha ensayado no sabría decir hasta ahora de cuál ha recibido el mayor mal ó el mayor bien.» Ahora ensayará seriamente la forma republicana. Y yo, como americano, le dije: «Tendréis buen éxito en la prueba.»

La Iglesia, decimos nosotros, no se ha molestado en ensayar la República, se ha concretado a seguirla odiando.

Y ahora preguntamos: ¿Se concibe que en España hablase así ningún clérigo fuere de la categoría que fuere? Aquí, donde el ser simplemente liberal se considera como estigma de impiedad, ¿no se les retirarían las licencias a los clérigos que osasen hacer uso de semejante lenguaje? La respuesta la estamos viendo todos los días, y no es extraño que así suceda, cuando desde Roma, desde esa Roma de quien dice el arzobispo de San Pablo que canonizaba la República hablando para los Estados Unidos, nos mandaba a España una encíclica en la que se condenaba como pecado todo liberalismo.

Cada vez, y a medida que el tiempo transcurre, comprendemos más la razón con que el ilustre catedrático de Derecho Político de la Universidad Central, Sr. Santa María de Paredes, enseñaba lo siguiente, que escribe en su libro de texto, hablando de la libertad religiosa, y en cuyo libro, dicho sea de paso, aprendió Alfonso XIII las primeras nociones de Derecho Político, pues no es de creer que el Sr. Santamaría, que fué también su profesor, tachase algunos párrafos en el ejemplar que al efecto le regalase.

Dice así:

«Suele decirse que el Estado puede tomar como criterio para establecer la unidad religiosa lo que sea creencia del mayor número de sus habitantes; mas esta razón, que favorecerá al catolicismo en los países donde se halle en mayoría, le será sumamente perjudicial en donde no lo esté, como, por ejemplo, en Inglaterra, Alemania, Rusia, Turquía ó Estados Unidos; y tanto conviene tener en cuenta las circunstancias de lugar y de tiempo para apreciar debidamente la oposición que se hace a la libertad religiosa en nombre del catolicismo, que sólo a título de un derecho es como los católicos de los citados países han podido abrirse paso contra la intolerancia de las iglesias protestantes, cismáticas ó infieles. Verdad es que los primeros cristianos la defendían también como derecho cuando el Estado romano les impedía su culto en nombre del paganismo, que era la religión de la mayoría; y por eso decía Lactancio «que nada hay tan voluntario como la razón», y combatía Tertuliano «que no se permitiese al hombre rendir culto al Dios de su conciencia y se le obligase a prescribirlo al que ella rechazaba.»

El Sr. Santa María de Paredes, que es el catedrático a que nos hemos referido, fué, como ya hemos dicho, el profesor de Derecho Político de Don Alfonso XIII, y preguntamos nosotros: ¿Se detendría el maestro ante tan egregio discípulo a explicar el alcance de este párrafo como lo hacía en la Universidad a los demás?...

De todos modos no cabe desconocer que encierra enseñanzas admirables, que se encuentran una vez más confirmadas con el ejemplo que se ofrece en la obra «La Iglesia y el siglo», que el conocido editor D. Francisco Beltrán ha tenido el acierto de editar.

Es una obra recomendable y de combate en estos tiempos en que se ensorberce el clericalismo, al que puede herirse con sus mismas armas, echándole en cara lo que con aplauso de todo el clero americano se proclama allí, porque así les conviene, y que es lo mismo que aquí, también, por su conveniencia, anatematizan con tanta saña.

La santa ley del embudo: ancha para ellos, donde así les cuadra; estrecha para los demás, donde a ellos les conviene.

Es la política romana, que, naturalmente, sólo puede seguir donde el pueblo es ignorante, y en su estulticia vive aislado del resto del mundo y sin saber lo que pasa más que en su respectiva aldea.

L. B. M.

Lo que es el modernismo

El sacerdote italiano Grifagni, uno de los más ardientes defensores del Modernismo, explica en los párrafos siguientes las ideas directoras de este movimiento:

«Nada más inmoral que la naturaleza de las relaciones entre las altas esferas de la jerarquía y los clérigos.

Votos con pretensiones de eternos que os hipotecan toda la vida y destruyen lo que hay de más precioso en el hombre: la libertad de pensamiento y la facultad de progresar; una preparación de seminario á base de exclusivismo y de sugestión, que os quita todo discernimiento; la imposibilidad de salir tranquilamente de las filas del clero el día que su sinceridad se lo imponga ó cuando su conciencia le ordene casarse; la vigilancia y el espionaje á que está sometido, la prohibición de instruirse libremente, la excomunión suspendida sobre su cabeza, el ridículo y la miseria que le acechan á su salida de la Iglesia, todo esto forma parte esencial de la actual situación del sacerdote.

Recogiendo el grito de dolor de todas las almas que envenena en los Seminarios, de todas las inteligencias cuyo normal desarrollo dificulta, de todos los corazones á quienes se prohíbe el amor honrado, de todas las existencias miserables que atrastran millares de sacerdotes, de los infinitos sufrimientos de los que suspiran en vano por la libertad y la luz, de los que por candidez ó por traición han caído en las manos de la Iglesia como en un infierno donde no hay redención, de todos los espíritus perdidos y falseados por la suprema crueldad de la Iglesia, denuncio aquí á la Humanidad los crímenes imperdonables consumados por la Iglesia en la impunidad y en el silencio.

Hay una Liga para la defensa de los derechos del hombre negro; otra, para la protección de los animales; pero no se ha elevado nunca una voz solemne en favor de ese miserable rebaño de esclavos que gimen en la Iglesia.

Los sacerdotes ya no deben pedir nada, ni rogar, ni suplicar; deben obrar, libertarse por sí mismos. El arma está en sus manos: la organización, la asociación... Es necesario que todos los sacerdotes se unan para reclamar sus derechos de hombres y de cristianos.

Que inscriban en su programa: mejora económica por un reparto más equitativo de la fortuna eclesiástica, abolición del celibato obligatorio, reforma del hábito sacerdotal, garantía jurídica de los derechos del clero inferior frente á la autoridad, participación efectiva y directa en el gobierno de las Comunidades religiosas y en la formación de la doctrina, libertad absoluta en las investigaciones científicas, facultad de salir dignamente de la Iglesia.

El verdadero y completo Modernismo

debe ser la síntesis de todas las experiencias humanas. Se distinguirá de los demás movimientos religiosos porque hará suyas todas las conquistas laicas de la humanidad, y se diferenciará de los otros movimientos laicos y similares porque admitirá todas las experiencias religiosas de la humanidad.

Su misión será la de transportar la vida á la religión y la religión á la vida. El vivir será considerado como un acto esencialmente religioso, y cada gesto será, por decirlo así, el símbolo de un culto.

El Modernismo, elevando la vida á la altura de una religión, reconoce su carácter misterioso é infinito; identificándola con ella, la hace perfecta.

No será la obra de un partido, de una Iglesia, de una religión, sino la creación de todos los hombres que trabajan por el progreso y el desarrollo de la vida.

Niña seductora

La Corte de Asises de Amiens (Francia) ha condenado al cura Levet, de Francourt, á tres años y seis meses de presidio, por no haber sabido resistir la seducción de una niña de trece años.

Hoy las niñas son tan desenvueltas, que merecen disculpa los sacerdotes que sucumben ante sus asedios.

¡Ella trece años!... ¡El cuarenta y tantos!... ¿Cómo había el infeliz de defenderse?...

¡Su desconocimiento de la vida!... ¡Su inexperiencia!...

¡Caiga sobre la infame seductora mi maldición!

Y lo más grave del caso, es que, después de haberlo seducido, tuvo la avilantez de decir que era él quien la había seducido á ella.

Afortunadamente, nadie lo creyó sino los jueces.

Hay absurdos que no caben en cabeza humana.

De Segorbe

Con motivo de la novena que las mozas de Segorbe dedican todos los años á la virgen de la Cueva Santa, un cura llamado José María Bases soltó un sermón en el que quiso explicar todo lo que la mujer tiene que agradecer á la Iglesia desde los tiempos bárbaros hasta los presentes.

Con tal motivo sacó á colación la «Hojita piadosa» de El Motín, núm. 2, titulada «La mujer y la Iglesia» y dijo á propósito de ella, que desafiaba á cualquier impío á que sacase textos de escritores religiosos, en los que se hablase mal de la mujer.

Nosotros, complacientes con el atrevido, cura ponemos á su disposición los siguientes, entre otros muchos que pudiéramos citar:

«Entre mil hombres hay uno bueno; entre todas las mujeres del mundo no hay una buena.»—*Salomón.*

«Más difícil es hallar una mujer bue-

na que un cuervo blanco.»—*San Gregorio.*

«El infierno está enlosado con lenguas de mujeres.»—*El abate Guyón.*

Demostrada la ignorancia del cura Bases, creemos que lo dicho bastará para que en lo sucesivo procure decir lo que sepa y no hacer afirmaciones estúpidas.

Un Segorbino.

Conocer el paño

Juana de Arco, la francesa, quemada viva como apóstata, cismática y herética por la Iglesia de Roma, es festejada ahora como una santa por esa misma Iglesia.

¡No se concibe cinismo mayor!

Pero, vamos, había que llenar la caja, y la Iglesia negra no tiene escrúpulos para acuñar moneda, cubriendo de flores á la que en otra época martirizó ferozmente.

Sin embargo, desconfiemos en estos casos de los ramos de flores, porque siempre hay en ellos un puñal escondido.

L'Exode

Paris.

Bibliografía

Maravillas Americanas, por la Baronesa de Wilson.—Casa Editorial Maucci. Barcelona.

Maravillas Americanas, el nuevo y elegante libro, que esmeradamente impreso y con profusión de grabados ha publicado esa Casa, es obra amena, entretenida, instructiva y curiosa por extremo. La celebrada escritora que la firma, la ha escrito con la gráfica realidad que revela el estudio sobre el terreno y el conocimiento de las cosas americanas, y nos presenta bosquejos de costumbres extrañas, episodios sensacionales, leyendas, volcanes y cataratas: antiguédales y brillantes descripciones, con lozanía descriptiva.

Dos tomos de 238 y 220 páginas, con 56 grabados fotográficos, 5 pesetas.

El Obrero en España, notas para su historia política y social, por D. Práxedes Zancada; prólogo de D. José Canalejas.

Hoy que todos los elementos sociales tanto se preocupan, ó dicen que se preocupan, del presente y del porvenir del obrero, la reaparición de este importante libro, del cual la Casa Maucci acaba de hacer una segunda edición, constituye una importante nota de actualidad.

Cuando *El Obrero en España* vió la luz pública por primera vez, mereció el aplauso unánime de los políticos, la crítica y el público en general, y hoy que el problema obrero está sobre el tapete en todos los países del mundo, creemos que este libro ha de consultarse con curiosidad y provecho.

Un tomo de 238 páginas, 1 peseta en todas las librerías.

(FOLLETÓN 67.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

honor de la verdad, el Sr. Sagasta, por su parte, no era tan voluble é inconsecuente como á primera vista se pudiera creer; porque hemos de decir que de la célebre minoría progresista del tiempo de O'donnell, la que siempre se manifestó levantisca, y al fin fué á la revolución, y en la que, como levantisco y como revolucionario tanto se señaló D. Práxedes, de aquella minoría, decimos, era el único que había querido capitular y gobernar con D.^a Isabel, antes de resolverse, forzado ó estimulado por sus amigos y compañeros, á echarse decididamente del otro lado. ¡Pero los otros! Unos guasones, ninguno con tanta gracia é ingenio como don Práxedes, y la buena parte de ellos sin nada de ninguna de las dos cosas, á quienes parecía de perlas la indicada fórmula ó clave cuya significación y alcance todos conocían bien sin haber estado en Segovia, ni conocer los términos precisos en que á la consideración del caminante muéstrase escrita en la fachada de una conocida taberna ó posada de las cercanías de aquella población.

Esta circunstancia, sin embargo, la circunstancia ó la suposición de que todos esos caballeros conociesen, sin que nadie se lo haya enseñado, la regla á que les convenía ajustar su conducta una vez hecha la restauración, no quita que sea peligroso, y aun que debiera hallarse prohibido, poner á la vista de todo el mundo, grandes y chicos, listos y tontos, pobres y ricos, máximas, es verdad, de profunda sabiduría, pero muy abonadas á que la gente conspicua, de pocos escrúpulos, ó simplemente los hombres conocidos que no tengan carácter entero, ó firmes convicciones, las interpreten de modo que lesionen más ó menos la moral política, ó sea, la seriedad pública. Pues ¿qué se puede esperar de la generalidad de los ciudadanos de un país, si ven ó creen ver que las personas que están al frente ó al cuidado y vigilancia ó fiscalización de los intereses nacionales, no hacen más que atender á la propia conveniencia, la de su cariñosa, y más ó menos numerosa familia, y la de sus más ó menos caras amis-

tades? Y pase, por ejemplo, que la generalidad de los abogados que tienen que vivir de su bufete se pongan del lado imperante, ó no le hagan guerra sino de simulacro, porque, con hacerles perder un par de pleitos seguidos, no habría cliente que les encomendase el tercero; cosa muy factible donde la justicia sea de derecho y de hecho ramo del gobierno y no poder del Estado; mas no sólo de pleitos vive el hombre, y hay multitud de profesiones en que no es tan necesaria ó conveniente esa subordinación ó abdicación del propio criterio político. A pesar de lo cual en la monarquía española apenas quedan ya grandes caudillos de la causa nacional ó la del pueblo, y, con apariencias constitucionales, y liberales, y aun democráticas, el gobierno de aquel país es de lo más informal y más arbitrario y alusivo que es posible concebir. Y volvamos á Segovia.

Es el caso, pues, que bajando y saliendo por la puerta de Santiago, también llamada del Refugio, atravesando después el barrio de San Marcos, y yendo á tomar la carretera que va con el río, el Eresma, á su derecha orilla, no se tarda en llegar á un sitio donde á mano derecha y mirando al río, hay en una elevación del terreno un parador ó cosa así, en que, entre otras cosas, se despacha vino al por menor, y en cuya fachada hay un gran letrero.

Pues bien, hágase el lector la cuenta de que ese letrero está puesto en lo que en España se llama el banco azul, que es el que en el Congreso de los Diputados ocupan los ministros, y tras el cual se hallan los ocupados por la mayoría parlamentaria, cuyos individuos, unos directa y otros indirectamente, todos sacan del gobierno provecho no insignificante; sepa también que opuestos al banco azul y los de la mayoría se hallan los de los antiguos y modernos antidinásticos ó republicanos; hágase cargo de que, aun cuando no exista materialmente allí ese letrero, lo que ese letrero dice se lo han dicho á sí mismos los transfugas como si lo estuvieran viendo y leyendo en realidad sobre el banco azul, y fácilmente tendrá explicada la historia contemporánea de aquella monarquía. Porque sin ellos, sin los transfugas, ni reacción ni restauración habrían podido, ni pueden, subsistir; y la razón ó explicación de que subsisten en esa, es que aquel letrero dice:

«Más vale aquí mojarse, que en frente ahogarse.»

CAPITULO XXXVIII

DONDE SE VERÁ QUE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA ESTÁ VATICANIZADA, Y EL DESVATICANIZADOR QUE LA DESVATICANICE BUEN DESVATICANIZADOR SERÁ.

«En la iglesia hemos dado, Sancho»; esto es, llegado ha la ocasión de que hablemos del Estado religioso de la monarquía hispana. Y desde luego diremos que, así como los españoles se rien de los peces de colores, que parece que son una de las cosas que más gracia les hacen, ríanse los extranjeros de los que dicen que de los ciudadanos de aquel país no se debe asignar al catolicismo ni la mitad de la mitad, desde el número de ateos y librepensadores por un lado, y de hipócritas por otro, que hay que sustraer de la mencionada cantidad.

Si; las estadísticas en que á componer la cifra total de 800.000.000 de católicos á que se calcula que ascienden los que hay en el mundo, entra esta partida: «Monarquía española, 20.000.000», no son muy exageradas, aunque sólo fuese porque donde no hay más que una religión, los que no tienen ninguna pueden figurar como catecúmenos, ó como futuros, más ó menos próximos, afiliados á ella. Además de esto, la verdad es que los librepensadores no son tantos como se cree; y la masa de la población, hay que reconocerlo, queriendo ó sin querer, consciente ó inconscientemente, por razón ó por instinto, es católica, apostólica, romana.

Así, por ejemplo, lo primero que allí se le viene á los labios á un carretero cuando se le atasca el carro, es la hostia; si dos mujeres se casan una con otra, en vez de hacerlo, como en otros países, privadamente y sin escrúpulos ni ceremonias, lo efectúan en el templo, ante el párroco y con arreglo á los cánones, como recientemente ha ocurrido en la Coruña; y aun los mismos ateos españoles que quieren descatalogar á la nación ven tan malparado el pleito, que para ganarlo ya no confían más que en la divina providencia.

Ahora bien, ha de tenerse entendido que la religión católica que hoy impera en la monarquía española no es simplemente la apostólica y romana; no; eso era antes, pues desde que se estableció la infalibilidad del Papa, por vicario de Cristo en la tierra han pasado á tener á Cristo por vicario del Papa en el cielo; y esto, como fá-